VICENTE GARCÍA HUIDOBRO FERNÁNDEZ

PASANDO Y PASANDO...

: : : : CRÓNICAS Y COMENTARIOS : : : :

Santiago de Chile
IMPRENTA CHILE
1914

FE DE ERRATAS

Entre otras erratas menores anotamos las siguientes:

Página 33

Dostoyuski	en	vez	de	Dostoyeuski
D'Anunzio	»	»	»	D'Annunzio
Sienkewit	»	»	»	Sienkiewicz

PASANDO Y PASANDO....

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

Ecos del Alma.—Poesías.
Canciones en la Noche.—Poesías.
Pasando y pasando.—Crónicas y comentarios.
La Gruta del Silencio.—Poesías.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE:

Bajo ese cielo azul.—Cuentos.
La donna é movile.—Comedia en dos actos
La Serenata de Schubert.—Drama en tres actos.
Los Héroes del Dolor.—Novela.
Templo de Belleza.—Crítica.
Los que van.—Crítica.

EN PREPARACIÓN:

Doña Quijota.—Novela.
La rival de Friné.—Novela.
Dulzuras de Luna.—Poesías.
La Linterna de Diógenes.—Ensayos filosóficos
Nuestros Peripatéticos.—Diálogos filosóficos.

VICENTE GARCÍA HUIDOBRO FERNÁNDEZ

PASANDO Y PASANDO...

CRÓNICAS Y COMENTARIOS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN CHILE
Calle de Morandé, Números 767-769
1914

A los que componen la entusiasta falanje de mi generación.

Dedico este libro de paz y de guerra.

V. G. H. F.

YO.

Para Andrés González Blanco

El culto crítico español que tanto ha recomendado la auto-crítica.

YO

Nací el 10 de Enero de 1893.

Una vieja medio bruja y medio sabia predijo que yo sería un gran bandido o un grande hombre.

¿Por cuál de las dos cosas optaré? Ser un bandido es indiscutiblemente muy artístico. El crimen debe tener sus deliciosos atractivos. Ser un grande hombre? Según. Si he de ser un gran poeta, un literato; sí. Pero eso de ser un buen diputado, senador o ministro, me parece lo más anti-estético del mundo.

Después de pasar por algunos de esos graciosísimos colegios en que una doña Mariquita o doña Zoila o doña Carmelita, nos enseñan y nos doctoran en Silabario y nos amarran los pantalones cada vez que vamos para *adentro*, pasé al colegio de los jesuítas.

Ahí sufrí mi primer desengaño. Había creído que los sacerdotes eran siempre gente dulce, amable y cariñosa, que dan caramelos, santitos y medallitas, como los había visto en mi casa, llenos de afabilidad y suavidad, llenos de cordero pascual, y me encontré con unos padres enojones, estrictos, iracundos y muy castigadores. Habían caído ante mi vista los vellones de oveja, dejando en su lugar a unos géneros negros y severos.

En vez de caramelos, santitos y medallitas, había *pésimas*, arrestos y algo muy misceláneo que consistía en afirmarse en los pilares en los tiempos de recreo o vigilar la puerta del padre prefecto como los guardas de la Moneda.

Los dos primeros años fuí estudioso y aprovechado, después me boté a flojo, con excepción de los ramos que no eran matemáticas, hasta el cuarto año de humanidades en que volví por mis perdidos fueros.

Estudié muy bien la literatura, y en el examen obtuve una distinción, lo cual era perfectamente injusto, pues había sido el primero de mi clase y no cometí un solo error.

En el examen de Historia obtuve dos distinciones. Ahí aprendimos que Isabel de Inglaterra fué una mala reina; que Felipe II. aquel hombre repugnante, de alma negra y estúpido como un histrión, que murió en el Escorial, lleno de piojos y oliendo a letrina, había sido un gran rey; que la Inquisición era una obra santa, y Maquiavelo era un bandido.

Los padres jesuítas no se dan cuenta que atacan a Loyola cada vez que atacan a Maquiavelo.

Ese año tuvimos un charadesco profesor de francés que llegaba tarde a la clase todos los días y con la cara amarrada.

En mis nueve años de colegio conocí muy bien el espíritu de los padres jesuitas, por eso sé odiarlos, quererlos y admirarlos. Odiar a algunos por intrigantes, por chismosos y por espías, porque siempre en sus palabras había algo de traición, de sombra y de olor a subterráneo. Querer a otros por ser hombres, buenos, rectos, sin dobleces, almas sin arrugas,

amplios y comprensores de todas las cosas de la vida. Admirarlos a todos porque son una falange macedónica, una máquina infernal, insuperables en la guerra.

Creo que nadie los ha calificado tan admirablemente bien como Santa Teresa de Jesús cuando escribía desde Toledo a la Priora del convento de Sevilla, Sor María de San José, el 26 de Noviembre de 1576 y le recomendaba tomaran a los padres jesuítas como directores espirituales. La carta dice así:

«No será poco bien si el Rector de ahí, el P. Acosta, se quisiere encargar de la dirección espiritual del Convento como dice; y así para muchas cosas sería gran ayuda. *Más quieren que les obedezcan;* y así lo haga, que, aunque alguna vez no nos esté tan bien lo que dicen, por lo mucho que importa tenerlos, es bien pasarlo. *Busque cosas que les consultar, que son muy amigos de esto*» (1).

Ese párrafo me parece una ironía digna de Voltaire o de Anatole France. Es admirable.

Ahí está condensado todo el carácter de los jesuítas: su sed de mando, y su afán de ser

(1) Vida de Santa Teresa de Jesús, por el padre Miguel Mir, tomo II, página 716.

consultados para pontificar y darse humos de sabios.

El año siguiente entré a quinto año de humanidades. Estudié Historia Literaria y supe que Víctor Hugo había sido un sin vergüenza, un cochino, un asno, un canalla, un cerdo, un borracho, etc., etc. Ante un juicio crítico tan profundo y convincente no había más que inclinarse. ¡Qué cosas dice ese padre Ladrón de Guevara! Dios le haya perdonado. ¡Y qué texto el de don Rodolfo Vergara Antúnez! Dios conserve su inocencia. Allí aprendimos que un padre Tira... creo que Tirabosky, jesuíta, había llenado su siglo con su nombre. Y esto no lo dice el padre Hurtado, digo Ladrón, sino nos lo decía el profesor, un padre muy simpático y con una meliflua voz de corista de opereta.

Este padre gorjeaba las clases de Literatura y se sabía muchas cosas antiguas de memoria.

También ese año entramos a una especie de Academia Literaria en que se hacían discursos y poesías sobre Prat, el Papa, San Martín, el telescopio, Dios, Rancagua, Chacabuco, el fonógrafo. El telescopio, que permite

ver tantas estrellitas de colores; el fonógrafo, que nos regala los oídos con tanta música bonita como hay en este mundo que tuvo que ser creado por Dios, porque de lo contrario ¿cómo se habría creado solo? etc., etc.

Ah! Bendito telescopio, cuántas veces me hiciste ver estrellas?

Ese mismo año, a la mitad del curso, me salí del colegio.

Mi salida de los jesuítas es digna de contarse: Un buen día del mes de Junio el R. P. Rector me mandó llamar. Yo estaba en el estudio cuando llegó un Hermano y me dijo:—El padre Rector le necesita; está en su aposento.

—Allá voy, hermano, le respondí. Y llegué a la pieza del padre Rector. Golpeo. ¿Se puede entrar? Y una voz entre mística e inquisitorial, dice desde adentro: Adelante.

Estaban allí reunidos, además del Rector, mi confesor y el padre Prefecto.

Entro. Y el R. P. Rector, jugando con los dedos entre el rosario, con un caramelo en la boca y bajando los ojos y luego clavándolos en mí de vez en vez, me dice:

—Hijo mío, tengo contra tí una acusación grave.

—¿Cuál es, padre? fué mi respuesta.

—Dicen por ahí que tú lees a Zola y le haces propaganda entre los niños de tu curso.

—Falso, reverendo padre, yo nunca he leído a Zola, únicamente conozco las críticas de Clarín sobre sus novelas y de ellas he hablado, lo cual es muy diferente.

—Sin embargo, quien me lo ha dicho no miente.

—Que lo diga delante de mí.

Durante este diálogo el padre Prefecto hacía gestos con los ojos y la boca, movía la cabeza, golpeaba el suelo con el pie y mi confesor, un padre muy simpático e inteligente, a quien siempre he querido, me miraba con ojos cariñosos. Luego se marchó.

Yo quedé ante los otros dos y volví a decir:

—Que lo diga en mi presencia.

—No es necesario, replicó el Rector bajando la vista, cuando se habla mucho de una cosa algo hay.

—Es que a mí me parece que no se debe hacer caso de las murmuraciones.

—Hay un refrán castellano que dice: Río que suena, lleva piedras.

Aquí mi desprecio llegó a su colmo, y con toda la indignación de que era capaz le respondí:

—Es el único refrán que nunca puede estar en labios de un jesuíta porque desde que se fundó la Compañía de Jesús hasta el día de hoy que se habla mal de ella, luego río que suena lleva piedras.

Ante tan imprevista y verdadera respuesta el pobre padre quedóse pati-tieso y yo comprendiendo mi papel salí de su aposento, fuí al estudio, tomé mi sombrero y salí del colegio, cuidando antes de avisarle a mi confesor la determinación que había tomado de no permanecer un día más en el colegio con una calumnia encima. El padre me aconsejó que aquello no era prudente, que aguardara tranquilo, pero yo no hice caso y me marché a mi casa.

Y aquí una nota psicológica para Monsieur Le Bon. Yo que en realidad no había leído a Zola, después de aquello me entró curiosidad y lo leí y pude admirar sus maravillosas novelas, sus cuadros titánicos que parecen de un Miguel Angel novelista, y me reí de sus pigmeos enemigos aunque no esté del todo de acuerdo con sus ideas estéticas.

A los pocos días de mi salida del colegio llegó una carta del padre Prefecto, que hasta hoy conservo, en que decía a mis padres que yo podía volver al colegio. Buen cuidado tuve de no volver jamás.

Sin embargo de todas estas cosas y muchas otras más, guardo para algunos padres del colegio gran cariño y profundo reconocimiento. Para esos padres que poseen la dulzura de Cristo, cuyas almas amplias, comprensivas y serenas son como una página de Biblia, no para los otros, almas obscuras, fanáticos, ridículos é intransigentes en cuyos ojos fulguran todavía las Hogueras de la Inquisición.

Muchas veces he pensado cómo sufrirán los padres de verdadero talento y sabiduría entre esa manada de vejigas infladas de estupidez y de ignorancia. ¡Cómo se revelarán sus almas nobles contra ese ambiente de mentiras en que envuelven a los muchachos!

Entre esas mentiras voy a narrar unas cuantas tomadas al azar.

Se les cuentan a los niños los milagros de San Ignacio. Uno de ellos el famoso milagro de la gallina. Que una vez el Santo Padre Ignacio vió a una niñita llorando porque se le

había caído una gallina a un pozo y se había ahogado. San Ignacio compadecido bendice el pozo, suben las aguas y saca la gallina y la resucita. Yo me tengo por cierto que esta gallina era hermana de aquel hermano lobo que domesticó el santo de Asís.

Ese es el famoso milagro de la gallina.

Y así como ese nos contaban muchos otros.

Ahora vamos a la verdad histórica y absoluta. El padre Rivadeneira contemporáneo de San Ignacio y que fué su mano derecha, dice en la Vida del santo que Dios Nuestro Señor no quiso honrar con milagros a San Ignacio ni en vida, ni en muerte.

Esto puede leerlo el que quiera.

Para comprobar ese ambiente de falsedad y de engaño en que viven los alumnos, añadiré dos casos más.

1.º En cierta ocasión me dieron una estampa que representaba la muerte de San Ignacio y en la cual aparecía un cardenal administrándole los últimos sacramentos. Esto es falsear la Historia.

San Ignacio murió sin que se le alcanzaran a administrar los últimos auxilios religiosos según puede leerse en carta escrita por el pa-

dre Polanco al padre Rivadeneira en que narra la muerte del santo. Como también es falso que haya estado presente un cardenal, porque si bien es cierto que el cardenal Tarasio se encontraba allí, era entonces un muchacho y fué nombrado cardenal más de treinta años después de muerto Loyola.

2.º Mucho hablan los padres jesuítas de la obediencia, dicen que San Ignacio les enseñó a ser *hijos de obediencia*, *pues para ser obedecidos hay que saber obedecer*.

También dicen que San Ignacio predicó, no sólo con la palabra sino con los hechos, la obediencia de inferior a superior.

Esto resulta cómico. No puede negarse que Loyola predicara la obediencia, pero sí negamos que la practicara. Y vayan los hechos.

Después de recibir los fundadores de la Compañía la Bula de su constitución del Papa Paulo III, se tomaron la libertad de discutirla, corregirla y aceptar lo que les parecía bien y rechazar lo que les parecía mal como lo prueba este documento de 4 de Marzo de 1541:

«Queremos que la Bula sea reformada, id est, *quitando o poniendo*, *o confirmando*, *o alterando* cerca de las cosas en ella contenida,

según que mejor nos parezca y *con estas condiciones queremos y entendemos* de hacer voto de guardar la Bula».

He aquí un modelo de obediencia. Esto prueba que el inconmensurable orgullo de los jesuítas es herencia atávica.

Y véase ahí cómo el Santo Padre Ignacio obedecía al Romano Pontífice.

Esto es histórico. Creo que nadie pretende negarlo.

Alguien a quien leía esto me decía que los jesuítas eran temibles como enemigos. Yo no les temo. Los he conocido algo de cerca.... y me tienen muy sin cuidado.

Sé que éllos, en un gesto grotescamente cómico, han pretendido hacer célebre a más de un fantoche de la política o de las letras. No aspiro a celebridad de conventos, a renombre entre sacristanes, ni inmortalidad entre beatas... No pretendo que mi retrato ande oliendo aposentos de legos, ni que mi nombre pase entre los dientes postizos de cuatro viejas, de esas que mueren a los ochenta años, de cólera infantil.

¡Por mucho que ensalcen los jesuítas a García Moreno (es un ejemplo), siempre quedará

en la Historia como un tirano vulgar y mediocre!

Quizás me equivoque y hayan también Tiranos Santos, como hay Crímenes Santos, crímenes que se cometen en nombre de Dios. El Santo Crimen de la Bendita Inquisición.

Pero dejemos tranquilos a los padres jesuítas y pasemos a otra cosa, advirtiendo antes que siempre guardo para algunos de ellos gran cariño, como para otros, todo el desprecio que me queda libre.

Una vez salido del colegio, pude dedicarme con más tiempo a la Literatura y al arte en general.

Aquel año, por adelantar curso, dí once exámenes de los cuales aprobé diez.

Obtuve en Filosofía primer año, dos distinciones y en Filosofía segundo año, tres distinciones. Ambas votaciones eran justas, pues había estudiado la Filosofía con verdadero interés.

En Latín obtuve dos distinciones, lo cual era perfectamente injusto, pues apenas sabía para tres *blancas*.

Obtuve en Historia Literaria dos distinciones, lo cual era perfectamente injusto, pues sabía y contesté para tres distinciones.

Los demás exámenes, alternando entre una *negra* y tres *blancas*, los aprobé todos, menos uno que creo fué Química. Esos no me importaban.

Estas cosas tan de colegial no tenía para qué decirlas, pero como hube de narrar mi vida de estudiante...

Y ahora entro de lleno en mi corta vida literaria y de hombre.

Empezaré por decir que desde hace cinco años, o sea desde los quince, leo generalmente seis horas diarias. Al principio leí con desorden, leía por leer, después poco a poco he aprendido a leer, estudiando y sacando de la lectura observada el mayor provecho posible.

Siempre he encontrado en mi madre un apoyo entusiasta para mis aficiones de arte.

Recuerdo una anécdota que para mí tiene singular encanto:

Tenía yo más o menos doce años y escribí una composición en versos, la primera de mi vida, que se titulaba «Eso soy yo». Como había leído muchos versos, tenía el oído algo acostumbrado y casi ningún verso cojeaba. Se los leí a mi madre. Ella se admiró de la armonía,

pero encontraba que las ideas eran muy repetidas y los guardó para corregírmelos.

Al otro día me los entregó corregidos. Yo los leí, y recuerdo que ingenuamente me reía con ella al ver que, si bien era cierto que las ideas eran más románticas y poéticas, los versos estaban casi todos cojos. Este era mi mayor placer, ver que ella tenía ideas más bonitas, pero no podía metrificarlas. ¡Qué blancas ingenuidades aquellas!

Y ya que se trata de mostrar mi espíritu tal como es completamente al desnudo, haré gala de mi sinceridad.

Soy feliz, exceptuando la gran tristeza del Arte y su dolorosa inquietud.

Me casé a los diez y nueve años.

Amo sobre todas las cosas de la vida a mi esposa y a mi hija, después a mi madre y a mi padre. Creo que esto es una perogrullada dentro del humano querer.

Tengo completa fe en mí mismo. Tengo tal seguridad de las cosas que hago que, si el mismísimo señor D'Annunzio me atacara literariamente, lo sentiría mucho por él.

He publicado dos libros: «Ecos del Alma»,

poesías de los diecisiete años, y «La Gruta del Silencio».

El primero es un libro romántico, demasiado retórico y hueco. Sin embargo, no ha faltado imbécil que cante su superioridad sobre «La Gruta del Silencio».

Este segundo libro es de todo mi agrado. Ha sido muy discutido. Armando Donoso, que hizo el Prólogo, le encontró a ciertas partes del libro influencias de Rollinat, a quien no tenía el gusto de conocer, ni de nombre.

Algunos críticos que leyeron esto de Donoso lo han repetido como borregos.

Max Jara, con su clara inteligencia de verdadero artista y de maestro, supo negar muy bien todas esas falsas influencias que algunos niños quisieron adivinar en mi obra.

Con esto no quiero decir que Donoso no sea artista. Si que lo es. Pero en este caso se equivocó, acaso por ese marcado afán de desenterrar influencias de autores raros; cuanto más raros y desconocidos, mejor.

Yo desafío que me muestren esas influencias.

He perseguido mucho la originalidad por el estudio de mí mismo, por la auscultación de

mis más mínimas impresiones. Y tengo plena conciencia de haberla conseguido.

Mi poesía, como muy bien lo advirtió Max Jara, no es la poesía de un influenciado, sino la de uno que ha estudiado y sentido la poesía universal.

En mis versos no hay sensaciones reflejas, recibidas por intermedio de otro autor, sino recibidas directamente de la naturaleza misma.

Esto lo aseguro y lo sostengo ante quien quiera.

Ahora claro está que todos los poetas por muy originales que sean, hasta el mismo Baudelaire, Verlaine y Mallarmé, han llegado a su originalidad por medio del conocimiento de todas las Literaturas. ¡Por qué la originalidad absoluta no existe!

Pero yo no he sentido la gran incomprensión de mi libro. Muy al contrario me agrada sobre manera.

Lo único que deseo para mis libros es el aplauso de unos cuantos, de esos exquisitos, de esos refinados y quintaesenciados cuyo espíritu alcanza hasta las mayores sutilezas y observaciones, y el ataque rudo de la noble mediocridad imperante en estas tierras.

Quiero que mis libros queden muy lejos de la visual de las multitudes y del vientre de la sana burguesía.

«La Gruta del Silencio» debió aparecer mucho después que «Canciones en la Noche» que contiene versos del año 1912 que no están con mi manera actual, exceptuando algunos pocos. Talvez los tres últimos.

«La Gruta del Silencio» apareció antes por cuestiones de la impresión.

Este libro lo publico solo por el capricho de tener unos cuatro libros a los veinte años. Capricho ingenuo, pero capricho.

Espero que este libro no caiga en manos de *Celui qui ne comprend pas.*

Obras en proyecto tengo muchas pero no quiero hablar de ellas.

Este año, 1913, escribí una comedia en colaboración con Gabry Rivas «Cuando el amor se vaya» que fué estrenada por la compañía Díaz de la Haza con gran aplauso del público. No así de la crítica que vió en ella muchas reflexiones y bellas ideas pero poco movimiento.

He fundado dos revistas literarias, «Musa Joven» y «Azul.»

La muerte de cada una de ellas ha sido para mí un gran dolor.

Cuando Rubén Darío anunció su venida a Chile escribí un entusiasta artículo crítico sobre su obra, lleno de sinceridad y de fervor, del cual publiqué un fragmento en el número de «Musa Joven» que le dediqué a él.

Allí también apareció una poesía mía, «Apoteosías» sobre Darío, muy mala y que algunos encontraron muy buena.

En Literatura me gusta todo lo que es innovación. Todo lo que es original.

Odio la rutina, el cliché y lo retórico.

Odio las momias y los subterráneos de museo.

Odio los fósiles literarios.

Odio todos los ruidos de cadenas que atan.

Odio a los que todavía sueñan con lo antiguo y piensan que nada puede ser superior a lo pasado.

Amo lo original, lo extraño.

Amo lo que las turbas llaman locura.

Amo todas las bizarrías y gestos de rebelión.

Amo todos los ruidos de cadenas que se rompen.

Amo a los que sueñan con el futuro y solo tienen fé en el porvenir sin pensar en el pasado.

Amo las sutilezas espirituales.

Admiro a los que perciben las relaciones más lejanas de las cosas. A los que saben escribir versos que se resbalan como la sombra de un pájaro en el agua y que solo advierten los de muy buena vista.

Y creo firmemente que el alma del poeta debe estar en contacto con el alma de las cosas.

Y ¿qué más puedo hablar de mis ideas? Creo que todas ellas están diseminadas en mis artículos y estudios y fácilmente pueden adivinarse en mis versos.

Pero diré que no se crea que desprecio el pasado. No. Repruebo el que solo se piense en él y se desprecie el presente, pero yo amo el pasado.

Para mí no hay escuelas, sino poetas. Los grandes poetas quedan fuera de toda escuela y dentro de toda época. Las escuelas pasan y mueren. Los grandes poetas no mueren nunca.

Yo amo a todos los grandes poetas. Homero, Dante, Shakespeare, Goethe, Poe, Baudelaire, Heine, Verlaine, Hugo.

Esas son las cumbres que se pierden en el Azul. Entre esas cumbres hay muchas más pequeñas y hay muchos abismos.

Yo amo las grandes cumbres y los grandes abismos. Lo que da vértigo.

Mirando a esas grandes montañas no se ve la cúspide.

Mirando a esos grandes abismos no se ve el fondo.

Por eso los miopes bufan.

Mientras menos ojos nos alcancen, más alto o más hondo vamos.

En mi corta vida literaria he sido muy querido y muy odiado. ¿Puede darse mayor triunfo?

He tenido muchos enemigos y muchos amigos.

He tenido enemigos que se han dado el trabajo, alentados por la envidia, de ir a desacreditarme, uno por uno, ante muchos pobres inocentes. Generalmente les ha salido mal el juego de la mano negra, pues casi todos se quedan compadeciéndolos y muchas veces me lo cuentan a mí mismo.

A estos enemigos míos les he arrojado, como un pedazo de pan, el desprecio que me ha sobrado de otros desprecios más importantes.

Cuando las locomotoras resbalan su majestad devorando las distancias, infinidad de *quiltros* salen a ladrarles. Tanto me han ladrado a mí los quiltros literarios que tengo derecho a sentirme locomotora... literaria.

Nunca he podido comprender la envidia. Acaso sea porque mi gran orgullo me impide envidiar a nadie.

Bendito orgullo!

Siempre he tenido la seguridad de que yo haré mi obra y llegaré al Triunfo; por eso no temo gritar alabanzas con todos mis pulmones a los que creo las merecen.

Si ellos hacen su obra, yo también haré la mía. Si ellos llegarán al Triunfo, yo también estoy seguro de llegar.

Qué triste debe ser esto para los que se sienten sin fuerzas, se sienten impotentes, para los eunucos del arte que se miran y no ven nada... ¡Bien se les puede perdonar su envidia!

Algunas veces he sentido verdaderos disgustos literarios. Cuando nombraron príncipe de los poetas franceses a Paul Fort y no a Francis Jammes o a Jules Romaín.

Cuando Rubén Darío se ocupó en un artículo

de la suntuosa mediocridad de don Alberto del Solar. Y otras veces que no recuerdo.

Lo único que he comprobado hasta ahora es que la estupidez humana es inconmensurable, infinita, grandiosa, elocuente, avasalladora, apocalíptica.

Que basta ser imbécil para ser amado y respetado y escuchado, para surgir, para ser diputado, senador, ministro, presidente, director de diario y miembro de respetables academias. Loor a don Juan Antonio Cavestany.

Que Dostoyuski, Zola, Verlaine, Baudelaire, Poe, France, D'Anunzio, Hermant, Darío, siempre serán unos estúpidos, mientras Sienkewit, Ohuet, Isaacs, Salgari, Braemen, Núñez de Arce y Quintana serán genios. ¡Este párrafo viene a comprobar el párrafo anterior!

Que si algún día se le ocurriera al mismísimo Dios la humorada de escribir un libro de versos sin que los mortales supieran que eran suyos, esos versos serían muy inferiores a los de Homero, Virgilio, Horacio, Dante, Milton y hasta los de Fray Luis de León, de Herrera, Calderón y Lope. Todos caerían allí. Sería gracioso desde el mismísimo don Marcelino

Menéndez Pelayo, Faguet y Lemaitre hasta el inofensivo y simpatiquísimo señor Omer Emeth.

Y cuando por otra humorada de seor Satanás supieran el nombre del autor ¡qué asoramiento más trágicamente cómico, qué disculpas más resaladas. Claro, el señor Menéndez Pelayo lo había leído muy a la ligera por estar ocupadísimo en un profundo estudio sobre Pereda y el señor Faguet había hablado de referencias, pues su juicio sobre Musset lo tenía embotado y hasta el inocentísimo señor Omer Emeth se habría pasado por alto las mejores partes, pues en esos días se encontraba muy atareado, buscando galicismos, para un artículo sobre Hurtado Borne.

¡No habría un solo valiente que, al menos por despecho, dijera que prefería con mucho las «Fleurs du Mal» de Baudelaire o cualquiera de los «Poemes Saturniens de Verlaine!

Los mismos ataques que en poesía, recibiría Dios si se pusiera a filosofar, sin su firma. Aquello no serviría para nada por no seguir las huellas de Aristóteles, de San Agustín, Santo Tomás, Alberto Magno, del reverendísimo padre Suárez y hasta no faltaría algún mochito que se acordara del padre Ginebra.

Hoy no creo firmemente en nada, estoy convencido que los filósofos sólo dan palos de ciego y que la verdadera verdad sólo está en la médula cerebral de Dios Nuestro Señor suponiendo que Dios exista.

Quiero ser un gran Sincero toda mi vida y vivir convencido de que yo soy tonto para los tontos e inteligente para los inteligentes.

LA LIGA PRO-MORALIDAD TEATRAL

LA LIGA PRO MORALIDAD TEATRAL

La liga de damas pro-moralidad teatral encierra en el fondo dos insultos a la sociedad chilena: primero es decirle a todos ignorantes y segundo es decirle a todos, amorales.

Es decirle a todo el mundo: como Uds. son unos ignorantes que no conocen ni entienden de estas cosas, nosotras les vamos a enseñar, o bien como Uds. han perdido el sentido de la moralidad, nosotras, únicas poseedoras de ese precioso dón, os dirigiremos la conciencia en estos arduos asuntos.

Además, hay otro insulto y ese es el más grave: que todo eso lo digan cuatro personas ignorantes y con muchas faltas de ortografía; señoras algunas de ellas que no saben ni aún hacer correctamente la lista de la ropa sucia de su casa. Señoras que escriben: Calsonez 10, Kamizaz 5, Enhagúas 4, Qüeyos 12, y otras muchas cosas graciosísimas y reveladoras, distribuídas en cartas y en tarjetas.

¡Y hay imbéciles, de ambos sexos, que siguen como asnos respetuosos tras los sapientísimos designios de las Kamizaz y los Qüeyos!

Comprendo que amen y pertenezcan a la liga señoras y niñas con maridos o padres estúpidos y petorquinos ignorantes. Para ellos es la liga. Pero los demás, por respeto a sí mismos, no pueden tomar en sério tales chiquilladas de algunos muy simpáticos e inocentísimos corazones femeninos.

Las hijas por respeto a sus padres y las esposas por respeto a sus maridos, no pueden aceptar tales cosas.

Es muy conocida la respuesta de una gran dama chilena, cuyo marido había ocupado los más altos puestos de este país, a las señoras de la liga que pretendían hacerla socia:

«Mientras viva mi marido él será quien me indique a mí y a mis hijas lo que podemos ver y lo que no podemos ver.»

He ahí una bella lección de urbanidad y de respeto. Se necesita ser una gran dama y tener mucha alma y mucha seguridad de sí misma para tan gran respuesta.

Esa respuesta no podría darla una *parvenu* cualquiera.

¡Qué lástima da pensar que la dignidad adunda tan poco!

Felizmente esta originalísima humorada y pasatiempo de unas cuantas femeninas, huele ya a cadáver.

A Margarita Xirgú le cupo la honra de degollar la tan graciosa y miscelánea institución.

Electra marca su primer fracaso: teatro lleno de bote a bote. Zazá, el segundo; teatro lleno, gente de pie. Salomé, el tercero; teatro lleno, una verdadera ola humana.

Y todos inconscientemente en aquellos momentos presenciamos la muerte de una liga.

Esperamos que las señoras de la liga seguirán protegiendo de ese modo el arte escénico.

Rogamos a las señoras, para bien de las

compañías teatrales, procuren condenar el mayor número de obras posible.

¡Y felicitamos al señor Arturo Larraín por su entereza de carácter y nobleza de corazón al despedir de su Biógrafo Kinora, a las respetables revisadoras de películas!

Un caso antes de terminar. Una vez, dos señoras llegaron a revisar las películas del Biógrafo «Kinora», terminada la revisión, dijo una de ellas al señor Larraín:

—Y estas son todas?

—No, señoras, tengo otra más que no se las he mostrado porque es demasiado cruda y no la haré representar en mi biógrafo; la devolveré.

—Y por qué no nos la muestra, señor.

—Porque me parece inconveniente.

—Ay! muéstrela no más, si a nosotras no nos importa.

—Discúlpenme, señoras, pero aquello es una barbaridad, ni a un hombre se la mostraría.

—Por favor, señor, hágala poner.

—No le veo objeto, señoras, puesto que les he dicho que la voy a devolver.

La curiosidad, aquella maldita llaga del al-

ma femenina, se despertaba en esas dos ilustres damas; el deseo ardía en sus venas.

Y tanto rogaron, que el señor Larraín hubo de acceder.

Y ante la concupiscencia despierta de aquellas respetables damas, pasaron las escenas más lúbricas de París.

Esas mismas blancas palomas y cándidos lirios, pasaban después ante Margarita Xirgú, persignándose y diciendo jaculatorias para no contaminarse de maldad, y hasta creían sentir olor a azufre, siendo que la simpatiquísima Margarita olía muy bien.

CRONIQUILLA DIECIOCHESCA

CRONIQUILLA DIECIOCHESCA

—¡Qué?

—Será un auto que explosionó.

—O algún polvorín.

—O un estallido de gas.

—Batuco?

—Ah! No, hombre, no. Son los cañonazos que anuncian el dieciocho.

—Ya, ya.

El alemán sonrió.

—¿Cuántos van?

—Nueve.

—Otro.

El décimo cañonazo chicoteó el aire rabiosamente. El alemán sonrió.

—¿Así anuncian aquí las fiestas patrias?

—Pero antes ya conocemos su aproximación. Baja mucha gente de la montaña.

—¿Cómo?

—Llegan deliciosas provincianitas con mamás gordas y papás colorados.

Entiéndase que no llamamos provincianitas a las demoiselles de la alta sociedad de Valparaíso, Concepción o Talca; esas como las Santiaguinas no merecerán nunca tantas alabanzas, porque no poseen esa ingenuidad frutal de las muchachitas de Petorca o la Ligua pongo por ejemplo.

—Nosotros conocemos la llegada de las provincianitas en los más más mínimos detalles.

—A ver, a ver...

—Va Ud. en un carro y por olvido enciende un cigarrillo; inmediatamente siente una voz detrás de Ud. que grazna rabiosamente: Puf, puf; y luego se le acercan dos cachetes gruesos y murmuran alargando la ese: Joven, me molesta el humo. Siente Ud. un olor a made-

ra y a choclo. Se vuelve... Una mamá gorda de una graciosa provincianita.

El alemán sonrió.

—Sigue Ud. en el carro. Oye una voz fuerte que habla a tarascones, una voz imperiosa, regia, potente, apocalíptica, epopéyica, napoleónica, que domina el carro, que lo subyuga, que lo invade, que lo ahoga... Escucha. Bonitos encuentros tenía la potranca... Después algo de una vaca parida. Se vuelve semi ruborizado... Un papá colorado de una graciosa provincianita.

El alemán sonrió.

—Un día va Ud. por la calle y pasan dos ángeles del Señor con un andar menudito, torcidito, dejando una ráfaga de meloncito de olor. Esas son las graciosas provincianitas.

Ah! ¡Decididamente ha llegado el Dieciocho!

Las provincianitas flacas o carnosas, sin el desconcertante término medio de las demoiselles. Las provincianitas estucadas y ojerosas, románticas, ansiosas de novelizar su vida. ¡Pero no habrá nadie tan malo capaz de novelizarlas!

Las provincianitas poéticas y románticas como un sauce junto a un sepulcro. Ellas duermen con Carlota Braeme y con la Pilar Sinues

y lo que es peor con Jorge Onhet y Pérez Escrich...

Pero no os asustéis: la inocencia de Pérez Escrich y Onhet es a toda prueba. Ellas saben de memoria «Flor de un día» y «Espinas de una flor», ellas rezan fervorosas a Camprodón y os recitaran mil veces el «Pues bien yo necesito decirte que te adoro» al derecho y al revés.

Ellas aman con delirio la luna, los lagos, las tumbas solitarias, las cruces de los caminos, los cipreses, los nardos, los tulipanes, las tiernas avecillas, los crepúsculos y Genoveva de Brabante.

Ellas sueñan... Ellas son el último baluarte donde ha ido a refugiarse la poesía en estos tiempos prosaicos y desentonados.

El alemán sonrió.

—Reíos, si queréis, de sus mamás gordas con olor a choclo, reíos de sus papás colorados con olor a cuero, pero no os riáis de las graciosas provincianitas que pasan dejando una ráfaga de meloncito de olor.

Ellas tendrán siempre en sus boquitas una sonrisa silvestre para vosotros; una caricia pueblerina y jaleosa y una mirada besuqueadora.

Los que tengan ansias de paternidad, los que deseen tener una luenga y robusta familia irán a la segura casándose con ellas. Ellas serán esposas perfectas, infatigables. Esos afortunados muy pronto alcanzarán toda la felicidad bíblica y patriarcalmente verán a sus hijos retozar junto a ellos bajo la santa paz de la oliva. ¡Y qué hijos! Unos hijos admirables, mofletudos, bucólicos, matinales, aduraznados, lustrosos, encantadores.

Siempre en contacto con la gran madre Naturaleza, lejos de la esterilidad aristocrática.

Algunos se reirán, pero no reirán seguramente los que hayan visto en las estaciones esas caritas exquisitamente ebúrneas y harinosas de las graciosas provincianitas, esos labios sangrientos como corazones de sandía y esos ojos soñadores que se acuestan en el diván de unas ojeras negras.

Los otros reirán, pero no los que han gozado la deliciosa exuberancia del amor provinciano.

El verdadero amor, el amor genesíaco, israelita, natural, sin nada de refinamientos extranjeros, sin nada...

El alemán sonrió.

—Sin nada de novedades importadas. El amor legítimo, no el de hoy, que es una mistificación.

¡Bendita Petorca! Sobre tí no lloverá el fuego del Señor.

Ah! París, Babilonia, Sodoma Lesbos...

¡Bendita Petorca! Si alguna vez el boticario ha llegado a codiciar la mujer de su prójimo, ello ha sido una nube de verano.

Septiembre 20-1913.

MARCELINO MENENDEZ PELAYO

MARCELINO MENENDEZ PELAYO

La muerte de don Marcelino Menéndez Pelayo nos hace el efecto de una gran catástrofe, de un derrumbamiento. Es una biblioteca que se hunde. Su desaparecimiento del Mundo de la Literatura es triste y desolador como el naufragio de un astro en las tinieblas de la noche.

Nació don Marcelino Menéndez Pelayo en Santander el 3 de Noviembre de 1856. Se recibió de bachiller en 1871, empezando su carrera de Filosofía y Letras en la Universidad

de Barcelona. Fué su principal maestro Milá y Fontanales y entre otros tuvieron este grande honor Viscasillas, Rubio y Obs profesor de Historia Universal perteneciente a la escuela crítico-erudita. Pasó después a Madrid y allí continuó sus estudios hasta terminar en Valladolid. Fué doctorado en la Universidad Central, dejando como muestra de sus brillantes estudios 24 premios ordinarios y 3 extraordinarios.

Menéndez y Pelayo nació maestro. De él dijo Milá: «es un verdadero prodigio de precocidad», añadiendo que «cuando no tenía más que 16 o 17 años, podía contársele ya entre los primeros bibliófilos españoles».

Siempre avanzando en el camino de las letras, siempre entre los laureles del triunfo, siendo el pasmo de sus contemporáneos. Maravilla seguirle en sus excursiones quijotescas, de biblioteca en biblioteca, siempre en pos de la misma Dulcinea: la ciencia. Y más nos maravilla todavía si pensamos que entonces era un joven, casi un niño. Por esto Amos Escalante exclamaba en el colmo de la admiración: «Mostrar el juicio antes que el bozo, acreditarse de sabio no habiéndose despedido aún

de escolar... si no es señaladísimo favor de la Providencia, merece tenerse por asombroso esfuerzo y raro testimonio del poder desconocido de la naturaleza».

Si yo creyera en la transmigración de las almas, diría que don Marcelino Menéndez y Pelayo ha ido reencarnándose desde hace muchos siglos, porque lo conoce todo, por antiguo que sea, porque lo desentierra todo no se sabe de dónde. Sí; Menéndez Pelayo ha vivido en todos los tiempos, escuchó a Platón y Aristóteles, discutió con Orígenes y con Séneca, fué el asombro de Atenas, de Alejandría, de Roma y de París. Conoció a San Jerónimo, a San Agustín, Alberto Magno y Santo Tomás; derrotó a Abelardo y a Lulio. Escuchó recitar sus impecables versos a Horacio. Contempló con admiración y tristeza la meditabunda figura de Dante y el rostro extraño y soberbio de Savonarola.

Menéndez y Pelayo tiene algo de oráculo y de monje de los tiempos medio-evales. Cuando habla es la última palabra. Nadie como él profundiza y clasifica obras y autores. Da a cada cual el sitio exacto que le corresponde. Coloca

cada cosa en su debido lugar sin que nada se escape a su vista indagadora.

Es por esto que Menéndez Pelayo aparece a nuestra vista como un coloso de sabiduría, es por esto que al estudiarlo nos deja estupefactos y sólo encontramos una frase para definirlo: monstruo del saber. Con otras palabras: «verdadero fenómeno literario» como le llamó Pidal y Mon.

Entre sus principales obras anotaremos, no estudiaremos, porque sería menester para esto tantos volúmenes como los estudiados, «Estudios críticos sobre escritores montañeses», obra de estilo encantador y de una rara originalidad.

«Horacio en España», en que nos da a conocer los imitadores y traductores del marmóreo poeta latino en la península Ibérica y demás países de habla castellana y en que elogia al desconocido Cabanyes. Hay en esta obra, hondos estudios de los poetas de que trata.

«Calderón y su teatro», obra en la cual se coloca a Calderón a la altura que le corresponde, se muestran sus defectos y sus méri-

tos, dando de él el juicio más preciso que conocemos.

La «Historia de los heterodoxos españoles», obra monumental en que se estudia la historia de las herejías dentro de España y algunas de otros países. Alguien ha dicho que Menéndez y Pelayo no sabe sintetizar como lo hacen ciertos críticos franceses. Valga como respuesta el estudio que hay en esta obra sobre el padre Lacunza, personaje tan discutido, del cual se ha escrito tanto y que está condensado todo lo que de él puede decirse en una página. Claro está, y nadie lo ha de negar, que Menéndez Pelayo es más analítico y desmenuzador que sintético, pero es completamente falso afirmar que no sabe sintetizar.

Don Juan Valera atacó la «Historia de los heterodoxos españoles», porque encontraba en ella contradicciones, porque se defendía a la inquisición y porque no se distinguía entre el católico y el neo-católico.

Otra de las obras monumentales de Menéndez Pelayo es la «Historia de las ideas Estéticas». ¿Cómo es posible que un hombre haya podido estudiar tan profundamente a todos los autores que han escrito sobre la belleza con-

siderada filosóficamente? Admirables son sus estudios sobre Cicerón y Quintiliano, sobre Goethe y Schiller, sobre Ramón Lull y el Pinciano, sobre Macaulay ante el cual han de inclinarse todos los amantes del saber.

Citaremos también los «Orígenes de la Novela». Su «Crítica Literaria», con acabados estudios sobre Milá y Fontanals, Cervantes, Campoamor y tantos otros grandes ingenios españoles. La «Crítica Filosófica». El «Tratado de los romances viejos». Sus «Odas, epístolas y tragedias». Traducciones de Ciceron y de Shakespeare «La Ciencia Española», serie de interesantes polémicas y un sin número de estudios diseminados en prólogos y revistas.

La obra de Menéndez Pelayo es vastísima, sus estudios son los más perfectos y acabados, sobre todo, en materia de indagación en las cuestiones dudosas. De él ha dicho, y con razón, el gran Ruben Darío que: «está reconocido fundadamente como el cerebro más sólido de la España de este siglo». Y así lo han aclamado todos sus contemporáneos y literatos de tanto fuste como: Valera, Castelar, Cánovas, Alas, Salmerón, Fernández Guerra, Cañete y Laverde.

Y no se podía esperar otra cosa de aquel que muchacho aún tomaba asiento en la Real Academia y pronunciaba aquel famoso discurso sobre mística.

Su pueblo natal comprendió el gran valer de éste su hijo predilecto, y lo pensionó para que recorriera las principales bibliotecas de Europa, trabando amistad con todos los hombres notables de los diversos países que visitó; en Italia con Volpicella, Ernesto Monaci, Ferruci y otros; en Francia con el Conde de Puymaigre y Paul Meyer; en Portugal con Latino Coelho y Oliveira Marreca; con Gaillar en Bélgica y en Holanda con Dozy.

Todos los sabios europeos le admiraban y aguardaban anhelantes las nuevas obras del sapientísimo santanderino. Es por esto que la muerte de Menéndez Pelayo nos hace el efecto de una gran catástrofe.

Cuando se le notificó lo grave de su enfermedad, dijo lleno de tristeza, aunque con resignación: «¡Es una lástima que haya de morirme cuando me queda tanto por hacer!»

Sí; es una lástima que hayas de morirte cuando todavía tienes que asombrar más al mundo con las maravillas de tu cerebro po-

deroso. Cuando todavía tienes que enseñar tantas cosas que nadie sospecha.

Pero nó. Véte a dormir tu sueño eterno. Véte a la región de la luz, de esa luz de la cual tú sentías nostalgias. Véte como otro Balmes, como otro Pascal, agotada la materia con la fuerza del espíritu. Véte que te esperan tus hermanos Sainte Beuve, Macaulay, Brunetière...

AUGUSTO STRINDBERG

AUGUSTO STRINDBERG

Ha muerto este grande escritor sueco y aquí nadie ha hablado de él.

Augusto Strindberg fué insigne autor dramático y un pensador sincero y profundo.

Admiramos en sus obras teatrales las audaces sorpresas de psicología que nos presenta y estudia.

Era el rival de Ibsen; y no falta quien sostenga la superioridad de Strindberg en el dominio de la escena.

Sus dramas principales son: Padre, Los Acreedores, Simún y la Señorita Julia.

Padre, es un drama en el cual trata de probar los descalabros que sufre un hogar a causa de una mujer de indómita voluntad que domina completamente a su débil esposo por medio del ardid y la más vil astucia. En este drama nos presenta un duelo desastroso entre marido y mujer, desarrollado en el seno de una familia. En él sostiene como real e indestructible una hipótesis falsa: «Ningún hombre puede asegurar que es padre de los que cree sus hijos». Al terminar esta lucha horrenda, Alberto el esposo ultrajado exclama: «El hombre no deja hijos; sólo las mujeres los tienen y por esto el porvenir es suyo».

El gran Zola ha dicho de este drama que «la idea filosófica es muy atrevida y los personajes están trazados con enérgica audacia. De las dudas acerca de la paternidad ha sabido sacar Strindberg efectos potentísimos, inquietantes. Su Laura es verdaderamente el prototipo de la mujer, con su orgullo, su inconsciencia, y el misterio de sus cualidades y el de sus defectos. Es un tipo que no podré olvidar en mucho tiempo».

Esta afirmación de Zola también es relativa y diremos Pero Grullo que tantas mujeres hay

como las pinta Zola que como las describe el español Catalina.

En la Señorita Julia, trata de probar Strindberg que nunca se borra del alma de la mujer el recuerdo de aquél que la poseyó por primera vez. El poder fisiológico vence al sentimentalismo de la pasión psicológica.

Simún, es un drama horrendo, extrañamente conciso y de una rapidez admirable.

Strindberg ha sido acusado como enemigo de la mujer. A esta acusación respondió diciendo: «los que me llaman *el enemigo del sexo débil*, no son sino puros mentecatos».

Este error de sus acusadores ha sido motivado por tomar como absoluta una afirmación que no lo es. Strindberg venera a la mujer como *compañera del hombre*, la ataca como *rival del hombre*.

Escribió también una novela: «El salón rojo». Estudió medicina, su padre era médico distinguido. Estudió profundamente la Química y escribió sobre ella un libro lleno de talento y de originalidad.

Estudió muy especialmente la filosofía y así como el filósofo griego, al cabo de sus estudios exclamó: «sólo sé que nada sé». Strindberg

llegó a la conclusión de que: «Nada es bello, nada es bueno, nada es moral. El Universo Filosófico no existe. Lo único que tiene un sentido justo en el mundo, es la palabra Nihil».

Agosto - 1912.

EL ALCAZAR DE LAS PERLAS

EL ALCAZAR DE LAS PERLAS

«El Alcázar de las Perlas» no es un drama, es un sueño, un sueño fantástico, un sueño de hadas, dormido a la sombra de las palmeras orientales, arrullado por los sollozos de la guzla y saturado de perfumes arábigos.

«El Alcázar de las Perlas» tiene muchas perlas; tantas, cuantos versos tiene. Concedo que tendrá defectos, que es demasiado lírico, y os digo que, a las veces, los personajes se me figuraron monigotes que salen a recitar versos y se van... pero es un sueño, y un sueño es siempre hermoso, acaso porque no es

realidad. Por eso dejo a un lado el estrecho criterio del análisis y sólo digo mis impresiones internas: nunca he mirado las manchas en el sol.

La obra está inspirada en la hermosa leyenda del mismo nombre, que se encuentra en el célebre libro «Al-Lanhk-Bar». Francisco Villaespesa la ha poetizado. Con la vara de oro del poeta la hizo manar perlas.

Es una pieza que debiera ser ópera. Pide canto, pide música... música de Wagner o de Boito: música grandiosa. El dulce acompañamiento de una cascada de perlas que se despeña.

Y ahora, anotadas estas breves impresiones, quisiera grabar en letras de oro esos cuatro versos magníficos que dice Alhamar sobre el poeta, ese portavoz de la humanidad, que tiene algo de semidiós:

Son los versos en medio de nuestra vida [inquieta,
Palmas a cuya sombra soñamos el amor...
¡Quien no escucha los cánticos divinos del poeta,
Es como el que desoye las voces del Señor!

1912.

EL GRAN PUJISTA

(Al que espiritualmente se sienta sludido).

El Gran Pujista es un individuo universal. Pertenece a la casta de los *parvenu* y para buscar su genealogía, mejor dicho la etimología de su nombre hay que remontarse a los *pujadores*. ¡Arribistas estúpidos que babean ante las multitudes por un aplauso!

El Gran Pujista penetra en las imprentas de rodillas y tiene la vara de mimbre de su espinazo hecha un arco en fuerza de doblarse.

Los Hombres cuando lo ven sienten como la saliva se agolpa entre los dientes y se prepara el escupo. Y si se lo plantais en medio de la cara al otro día os sacará el sombrero, doblará su mimbre y os tenderá una mirada pordiosera, mendigando vuestra sonrisa.

¡Fámulos arrodillados que necesitarían la sátira de un Rabelais, de un Swift o de un Anatole France y los latigazos de un Máximo Gorki que les acardenalara las espaldas!

Perros que menean la cola ante el amo, reptiles que se arrastran... Para ellos la humillación, el servilismo... ¡Ah las Horcas Caudinas!

Cerebros cuadrados y espinazos en círculo. ¡Ellos han descubierto la circulatura del cuadro!

Y no es esto lo peor. El Gran Pujista es un perro que muerde por detrás, un reptil que esconde su veneno aguardando el momento... El aspid del rey Claudio!... La piedra que sale de los zarzales de los caminos oscuros.

No conoce al Quijote ni a Hamlet. Mucho a Sancho, a Tartufo... las Celestinas, las Garduñas... sus Santas Hermanas!

Su vida.... Oh! su vida es una novela donjuanesca. Es el eterno perseguido de las hem-

bras. Van a buscarlo hasta a su misma casa. Goza de la *seducción a domicilio*.

Es un Don Juan saltimbanqui.

Un Adonis neurótico.

Su potencia vital es infinita . . .

El Gran Pujista duerme bajo la Envidia en el jergón de la Hipocresía. Come Odio y bebe Calumnia . . . rumia Odio y Calumnia.

Sus planes y sus maquinaciones nacen en la sombra y por debajo. Tienen la humedad malsana de los subterráneos!

Rufian! Eunuco mental. Intrigante!

El Gran Pujista busca primero la Lisonja.

Después esgrime la Mentira y dispara el Anónimo sordamente . . . A él se le deben también los rifles de aire comprimido.

Tartufo. Tartufo!

El Gran Pujista morirá pujando por subir. Confiará su triunfo a las sonrisas cortesanas ya que no ha recibido del cielo, ni de ninguna parte, las alas del cisne, ni la fuerza del Pegazo . . .

Y más de alguno ha olfateado la gloria.

No lo nombréis jamás. Si vosotros, los Hombres, pasais a la Inmortalidad, ellos pasarán aferrados a vuestros zapatos... y esto no

es posible... ¿Homero, por qué le abriste las Santas Puertas a Zoilo?

El Gran Pujista entrará a las imprentas hecho un ovillo y publicará artículos elogiosísimos a su persona escritos por él mismo. Antes los habrá mendigado.

Y a veces este personaje logra formarse cierta reputación... entre las Vírgenes Necias y los Sordo-Mudos.

El Gran Pujista es el más alto representante del rastacuerismo y de la miopés intelectual. Si es poeta, cuidado con los versos que os dedique o en que hable de vosotros. Y no olvidéis que para el puntapié tiene el magnífico sitio donde el mimbre pierde su honesto nombre.

El Gran Pujista es una mezcla de Yago, Tigelino, Polonio... Tomate, Cebolla y Ají.

Su origen es etíope.

El Hombre... el Hombre... ¿qué piensas Goethe?

El Hombre, el Rebelde, el que no se dobla... ¡Solo los grandes espíritus engendran las grandes rebeldías!...

Ah! Diógenes, Mitrídates, Espartaco, Giordano Bruno, Galileo, Colón, Savonarola!!...

Se sienten risas irónicas, gritos salvajes en el Ponto, cadenas que se rompen, hogueras que rechinan... e pur se muove, Tierra! tierra! Vuelve a rechinar la Inquisición el Santo Crimen, y la Roca Divina cruge... Pícaro Voltaire!

El Hombre... Su origen es del Olimpo.

PEDRO ARENALES

PEDRO ARENALES

Chocolate lorito! chocolatito!

Este fué el grito de mi recibimiento al entrar en casa de mi amigo Pedro Arenales. Lo daba un loro verde, que según me dijo Pedro, cada vez que lo divisaba le pedía chocolate, chocolatito.

—Pasa. Adelante. Este es mi escritorio... y el tuyo.

—Muchas gracias, le respondí, es una bonita pieza, aunque un tanto desarreglada.

—Qué quieres, ya estas cosas no me preocupan.

Aquella tarde Pedro me había encontrado en una librería y me había convidado a su casa por primera vez, a pesar de ser nuestra amistad algo antigua. Tenía que decirme cosas importantes.

Hacía un mes que no lo veía y lo encontré más flaco y desencajado que de costumbre.

Debo de advertir que yo me lo había hecho presentar por ser un individuo raro, huraño. Tenía a veces verdaderas gesticulaciones de loco. Hablaba solo y discutiendo consigo mismo, accionaba acaloradamente. Yo quise conocer aquel espíritu, penetrarlo y estudiarlo. De ahí mi amistad.

*
* *

Se sentó en el sillón que estaba junto a la mesa de escritorio y mirándome fijamente empezó a hablar con lentitud:

—Estoy cansado de la vida, me dijo, aburrido, más que aburrido, desesperado. ¿Qué hago? ¿Me mataré? Tú eres mi mejor amigo, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Entonces hazme un favor: mátame.

—¿Estás loco?

—Lo digo seriamente. Si has tenido algún cariño para conmigo, hazme ese favor. El mucho cariño que yo te he tenido merece algún pago: mátame.

—Pero, por Dios, hombre, cómo crees que voy a hacer eso.

—Eres cobarde.

—Lo que tú quieras, pero no estoy loco aún, como tú te empeñas en parecerlo. Porque, mira, que se necesita estar sin juicio para pedirme semejante disparate.

—Se necesita estar desesperado.

—Pero, ¿qué tienes? ¿puedes decirme? ¿Es algún secreto muy grave? ¿o puedes comunicármelo? Yo trataré de ayudarte.

—Sólo a ti en el mundo puedo comunicar mi horrible secreto.

—Gracias.

—Escúchame: Yo me casé a los veintidós años, mi mujer era hermosa y buena, durante toda nuestra vida de casados, que fué muy corta, un año solamente, jamás tuve de ella la menor sospecha. Sufría del corazón. Una tar-

de cayó a la cama con una especie de asfixia. Yo la cuidé con todo el cariño de un enamorado lleno de ilusiones. En pocas horas mejoró algo, y en la noche antes de dormirse me dijo que me iba a revelar un secreto de su vida, pero que no sería entonces sino al día siguiente. Yo me acosté con algo de impaciente curiosidad. A media noche me desperté sobresaltado. Mi esposa estaba otra vez con el ataque. Salían de su garganta ronquidos apretados y largos. Agonizaba. A los pocos minutos estaba muerta.

Al principio el dolor, la desolación, me dejaron como anonadado. Poco a poco fuí recobrando la calma y pasado el primer aturdimiento, surgió en mi memoria, feroz, implacable, la idea del secreto que iba a revelarme y la muerte se había llevado con ella. Primero sentí una horrible curiosidad, después aquello fué una obsesión torturante, desesperante. Una obsesión continua, trágica. No podía comer de día, ni hacer nada. Estaba imposibilitado para todo. De noche no podía dormir. Revolcándome en la cama, daba vueltas y más vueltas a mis conjeturas. Mi cerebro ardía

¿Cuál sería aquel secreto? ¡Dios mío! ¿Qué iba a contarme? ¿Por qué no me había dicho antes? ¿Qué era aquello, Dios mío, qué era aquello? Mi deshonra? ¿Me había engañado después de casada o se había casado fingiéndome pureza? ¿Había pertenecido a otro hombre antes o después de mí? ¿Quién era ese hombre? Acaso él al encontrarme se reiría de mí. Y desde aquel momento me parecía que todos me miraban irónicamente como diciéndome: yo fuí, yo fuí, pobre imbécil, yo fuí.

O bien ¿iría a decirme que no me amaba, que me había perdido el cariño? O que llevaba un hijo en sus entrañas? ¿Qué me iba a decir, Dios mío, qué me iba a decir?

Poco a poco aquella obsesión ha ido haciéndose más horrible, más trágica, más fatal. Llevo ya dos años en que no tengo otro pensamiento. Es un suplicio atroz. Hoy se ha hecho en mí un verdadero tema de locura. ¿Qué iba a decirme, Dios mío, qué me iba a revelar?

Ya no puedo vivir más. Mi vida se ha hecho imposible. Es un sufrimiento atroz, insoportable. ¿Comprendes ahora que desee, que ansíe la muerte?

—Sí.

Y Pedro Arenales echóse a llorar con la desesperación de un niño que medita su impotencia. Luego, secándose las lágrimas:

—¿Qué debo hacer? me dijo.

—Mátate.

*
* *

Tres días después, una mañana no me sorprendió en los diarios la siguiente noticia: «Ayer se suicidó en su casa habitación el señor Pedro Arenales,... etc., etc.»

Involuntariamente exclamé: era lo más humano. Ha hecho bien.

Me levanté apresuradamente, me dirigí a su casa. Subí la escalera y al abrir la puerta, lo primero que llegó a mis oídos fueron dos gritos estridentes y gangosos:

Chocolate lorito! Chocolatito!

DOÑA RIGOLETTA

DOÑA RIGOLETTA

Doña Rigoletta es una hembra deliciosa. Me odia cordialmente. Sufre con mis triunfos. Mis éxitos son para ella verdaderos cólicos horribles, tan desesperados, que me sonrío de los dolores del parto. Y ella también. Ella sueña con los partos y rememora los ya pasados cuando sufre esos horribles retorcijones.

Es amiga de un director de diario, que se creyó Cavestany porque era senador. Un director de diario que tiene una triste figura de león herido, que tiene en los ojos la melanco-

lía de los ojos de los bueyes y de los eunucos de la Capilla Sixtina.

Nadie se ha atrevido a hablarle de su talento a este amable director, sería como decirle a un cojo de su elegante modo de andar. Inmediato vendría el estacazo. Sería como hablarle de virginidades a una prostituta. ¡Se vería obligado a responder a esa gran *tomadura de pelo!*

Por eso me disculpará que yo no le hable de su talento.

Hace poco tiempo un distinguido joven de nuestra sociedad le refregó el hocico como a un perro en su propia digestión.

Pero sigamos con nuestra rica hembra. Cierta vez leyó doña Rigoletta unos hermosísimos versos míos, «Monotonía odiosa de las tardes nubladas», una composición que aplaudiría cualquier espíritu verdaderamente culto. Primero le vino el consabido cólico. Soñó con partos, rememoró los ya pasados, etc., etc.

Y después, con toda la gracia de su coquetona estupidez, los comentó con el Cavestany en camisa. Los comentaron a signos, pues ambos son sordo-mudos.

Y a tanto llegó el desesperado entusiasmo

de doña Rigoletta que lanzó un elegantísimo relincho con pretensiones de ridiculizar mis versos.

Aquello fué un acontecimiento bíblico. Repitióse en ella el milagro de la Burra de Balaam.

Y opinó.

Y opinó sobre versos y otros asuntos literarios.

Y había en sus sonidos toda la bílis de la envidia y de la impotencia cerebral. Había mucha amargura de negocios fracasados, mucha tristeza de ver la estupidez atávica de sus polluelos, sabiendo de otras águilas que vuelan.

Me inspiró lástima, una lástima sincera. Encontré natural su cómica hidrofobia. ¡Qué terrible debe ser haber pasado por tantas desgracias! Pobre doña Rigoletta, en nombre de tus sufrimientos, yo te perdono.

¡Qué triste es pasarse la vida relinchando risas para engañar sus penas!

Esta desgraciada hembra lleva en el alma la joroba de un histrión. Por eso la llamo Rigoletta.

ROJAS SEGOVIA y OMER EMETH

ROJAS SEGOVIA Y OMER EMETH

Es tiempo ya de que los jóvenes vayan demoliendo uno por uno a esa caterva de fantoches de que está plagada nuestra literatura. Hay algunos de estos señores que se sienten con el derecho de dogmatizar y pontificar desde las columnas de algún diario sobre cuestiones literarias que más les valiera callar para no dar prueba semanal de su heroica ignorancia.

Es tiempo ya que los jóvenes vayan viendo y observando las ridículas arbitrariedades de la crítica del señor Omer Emeth. Tengo la seguridad de que ningún ser pensante de esta tie-

rra, toma en cuenta la opinión semanal del señor Emeth, pero a pesar de todo, este buen capellán de la literatura sigue teniendo su tribuna en «El Mercurio», que es un diario serio. Desde allí el señor Omer seguirá lanzando sus lunáticas opiniones. ¿Hasta cuándo? Dios lo sabe.

El señor Omer Emeth estaría bien como confesor de los artistas, absolviéndolos de tantos y tantos pecadillos sensuales como cometen esos deliciosos y parisinos muchachos, pero no como árbitro en cuestiones de arte. Pudiendo hacer un bien ¿por qué el señor Emeth se empeña en desacreditarse todos los lunes y requeteprobaros su miopía artística?

Figuraos que este caballero le critica la gramática al señor Rojas Segovia y en el artículo en que esto hace pone las siguientes faltas gramaticales:

1.ª La primera frase: «Entre otras cualidades que le reconozco»... etc.

Las cualidades, caballero, tanto pueden ser buenas como malas. Es falta de precisión en el lenguaje.

2.ª «Pudiendo escribir en puro y terso idioma castellano, expresa sus pensamientos en una lengua ficticia, *arrevesada*, extraña».

La palabra no es arrevesada sino revesada, por lo tanto está mal y mucho menos debe ponerse en una frase en que se habla del *puro idioma castellano.*

3.ª «Pero cuán errada sea la elección del vocablo, veranlo aquellos que... etc».

Como puede ver el ojo más inesperto, esa frase no podría ser más forzada.

Que tuviéramos faltas de gramática los que no *tiramos facha* de gramáticos no tendría nada de particular, pero que uno que viene a dar lecciones de ella las cometa, eso no puede permitirse.

El señor Emeth está muy lejos del señor Rojas Segovia, no puede alcanzarlo, eso no es culpa suya, lo malo es que sabiéndolo se ponga a escribir sobre él.

No sé por qué lejana asociación de ideas se me viene a la memoria aquella estrofa del admirable Juan Ramón Jiménez:

Siempre pondrán mala cara
Sancho, el cura y el barbero
pero, para
los locos es el sendero.

Tampoco puede permitirse que nuestro querido párroco esté gritando, a sus feligreses, en estos tiempos, que vayan a beber en los clásicos. Díganos, señor Omer, y ¿dónde bebieron los clásicos? Creemos que en la gran madre Naturaleza. Siendo así el señor Omer debió aconsejar esto y no lo otro que es como decir: los señores clásicos, ellos sí tenían facultad para crear, pero ahora esa facultad no existe, en vista de lo cual imítenlos ustedes a ellos, sean ustedes espejos que devuelven las figuras, sean reflectores, hagan el papel de los fonógrafos y de las cacatuas y no creen nada como lo hicieron ellos.

O sea: hoy que tenemos locomotoras, automóviles y aereoplanos volvamos a la carreta.

Muy dignos de respeto y admiración serán los señores clásicos pero no por eso debemos imitarlos. Ahora estamos en otros tiempos y el verdadero poeta es el que sabe vibrar con su época o adelantarse a ella, no volver hacia atrás. Esto para los cangrejos.

Después de esto podemos estar seguros que si el señor Omer Emeth algún día pronuncia un sermón—que es a lo que debía dedicarse —será una imitación o un plagio de San Pablo,

de San Juan Crisóstomo, de San Bernardo o del padre Bourdaloue, en ningún caso suyo, propio.

¿Qué gana el señor Omer Emeth con hablar mal del simbolismo, que él jamás podrá comprender? ¿Piensa acreditarse con eso ante los elefantes blancos y los orangutanes momificados de que hablábamos el otro día? Si se acredita ante ellos, si logra sus aplausos tanto peor para él, está perdido.

No se crea nuestro querido párroco que nos espanta con latines, nosotros también sabemos algo y podríamos decirle: *Ne sutor ultra crepidam.*

El señor Emeth está en su verdadero elemento haciendo Catecismos para los niños chicos de las escuelas chicas, pero jamás discurriendo sobre arte.

Tal vez lo mejor que pudo hacer el señor Rojas Segovia fué haberle contestado lo que el gran maestro italiano a su peluquero que lo alababa mucho: *¿chi siete voi per parlare della mia abilitá?*

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Fué nuestro Pauvre Lelian. Paseó por nuestras calles su poesía y sus dolores hasta irlos a depositar en un jergón del hospital. Así Verlaine.

Su vida fué un poema de dolor como el más doloroso de sus versos. Vivió «tan pobre como Homero y tan grande como un dios».

En Pedro Antonio González principia la verdadera poesía chilena. Es nuestro maestro.

González era un poeta culto, cultísimo. Conocía el latín y el griego y, como pocos en este país, las literaturas clásicas.

Su riqueza de léxico, su riqueza y novedad de consonantes asombra.

Cultivó casi todos los géneros poéticos con igual acierto. Su poema épico «El Toqui» es una maravilla de su género. «El Monje» es un poema de amor y de dolor cuyos versos lánguidamente rítmicos a veces y otras de una ardiente dulzura incomparable están impregnados de una emoción honda que enferma. Tuvo composiciones tan nuevas como «Mi Vela», tan profundas como «Meditación», que parece escrita por un filósofo lírico.

Es indudable que González estaba empapado del alma de Víctor Hugo. El había sondeado al gran genio francés, había escudriñado sus abismos y sus cumbres. Lo había comprendido como pocos.

Niños ingenuos me parecen los críticos que han sostenido que González imitó a Núñez de Arce. No encuentro ningún punto de contacto entre la emotiva profundidad de nuestro poeta con aquel buen don Gaspar cuyos versos parecen peldaños de una suntuosa escalinata de piedra que no lleva a ninguna parte.

Los jóvenes intelectuales de hoy, cuya inmensa mayoría milita en las filas de la poesía

moderna, tan injustamente atacada por la miopía humana, lo han considerado siempre el más alto exponente de nuestra literatura. Casi todos ellos han dedicado algunas de sus primeras poesías al excelso vate con el secreto fervor de los que prenden luces en el altar de una divinidad.

Todos hemos sabido de memoria y recitado con verdadero cariño su «Lucrecia Borgia», «El Album», «Occidentales», «Excelsior», la genial «Dantesca».

El fué el inventor del Tripentálico, verso lleno de elasticidad y de armonía: Lo empleó en «Lucrecia Borgia» y en otros poemas.

Si Pedro Antonio González hubiera nacido en otro país, seguramente su nombre sería mucho más respetado y sus obras estarían editadas por cuenta del Gobierno como una muestra de la capacidad intelectual de su nación.

Hoy que triunfa en España la mediocridad de un Villaespesa cuya *pupila etiópica* no ha alcanzado jamás la noción del arte verdadero, hoy que es príncipe de los poetas franceses Paul Fort—habiendo en Francia poetas de la talla de Jammes, Verhaeren (belga) y Romaín —hoy es bueno recordar a González que con

menos renombre vale más que cualquiera de los dos anteriores.

Es tiempo ya que los jóvenes hagan valer sus ideas contra los honorables fósiles enlevitados y el primer paso debe darse levantando una estatua al gran poeta de Chile.

¿No habrá en los jardines del Parque Forestal, o en cualquier otro paseo público, ni un pequeño sitio que pueda honrarse con la presencia del poeta?

Claro está que sí. Pues manos a la obra; ha llegado el momento.

Lo merece porque fué grande y porque fué insultado.

La crítica ululó contra él.

Vásquez Guarda lo asaeteó. ¡Fué como escupir al cielo!

Vásquez Guarda quiso seguir las huellas de Clarín. Clarín llegó a la Gran Montaña, en tanto Vásquez Guarda se quedó en las huellas.

Lo merece porque mientras llovían las pedradas que querían sepultarlo, llovían los laureles para Rodríguez Velasco.

Rodríguez Velasco está inerme entre sus laureles y González florece entre sus piedras.

La eterna historia de los genios y la eterna historia de los Sanchos.

Rodríguez Velasco está muerto vivo, González está vivo muerto.

Todavía hay algunos elefantes blancos que se permiten discutir las excelencias de Gonzalez. Pueden pasar los elefantes blancos como una curiosidad del reino animal. Al palacio de la verdadera crítica no han de entrar; su lugar está en los Jardines Zoológicos.

Hoy que es el día de su apoteosis ¿qué harán sus detractores?

Huirán como una manada de orangutanes a llorar su derrota entre los cocoteros.

Contra él sólo rugieron los huérfanos del Arte, los que no alcanzan la Belleza, los que viéndola de lejos no la han poseído nunca; los impotentes. Rugieron rabiosamente, con la desesperación de un sátiro castrado ante una ninfa adorable.

¡Poeta, llegó el momento de tu Apoteosis!

LA ROMANZA DE LOS BESOS

LA ROMANZA DE LOS BESOS [1]

I

Era la hora del crepúsculo. El sol se hundía majestuosamente detrás de las montañas y empezaba a caer sobre la tierra esa melancólica sombra de semi-oscuridad que a medida que avanza va penetrando también en nuestra alma y nos llena de tristezas y de dolorosos pensamientos.

La luna aparecía apenas detrás de una nube blanca semejando la cara de una tísica que

(1) Este fué mi primer cuento. No lo creo de mérito, pero le tengo gran cariño: es el primero.

se asoma entre las sábanas de su lecho. Brillaba una que otra estrella.

Era la hora del amor. La naturaleza, con esos rumores sordos de la tarde, gemía y suspiraba de pasión; parecía que de su seno brotaban unas como emanaciones cálidas y la tierra empezó a dormirse revolviéndose en los brazos de la noche. Era esa hora en que los seres queridos separados por la ausencia empiezan a llorar; cuando se buscan sus espíritus en el aire y se envían besos del alma que el viento les transporta en sus sendales invisibles. Cuando otras almas hermanas se internan en los bosques buscando la soledad bajo el follaje sombrío para rendirse el culto de adoración que como todo culto prefiere el silencio y el misterio: adora sus ídolos en la soledad.

Era la hora del amor.

Roberto y Elena acababan de jurarse amor eterno. El salón de la casa de Elena se encontraba envuelto en la semi-oscuridad crepuscular. Los jóvenes amantes sentados en el sofá, las manos del uno en las del otro, se devoraban con la mirada. Por la ventana entreabierta penetraba la brisa sacudiendo las cortinas y esparciendo por el salón el olor de las flores del

jardín. A lo lejos se escuchaba una música dulce y lánguida cuyas notas se diluían en el ambiente como los trinos de un pájaro. Esa música tenía algo de llanto, de pasión, de ruego, de sollozo. Parecía el canto del amor, el himno del alma enamorada.

Los dos jóvenes seguían mirándose y sus ojos brillaban de pasión como dos luciérnagas brillan en la sombra. De pronto Roberto se acercó más a Elena, su corazón latía con gran violencia, y él temblaba como la rama de árbol cuando un ave toma en ella el impulso de su vuelo. Su respiración era fatigosa. Cerró los ojos y sus labios se posaron sobre los de Elena y estalló un beso, un beso dulce, suave. Era el primero, el de inolvidable memoria, que fué seguido de otros llenos de amor y de ternura.

La música lejana, vaga, llena de dormidas nostalgias, seguía en sus acordes temblorosos y se encontraba en el ambiente con la música lánguida de los besos.

Elena preguntó a Roberto con voz débil, desfallecida por la emoción:—¿sabes cómo se llama esa pieza?

—Sí, respondió Roberto: La Romanza de los Besos.

Elena sonrió ligeramente, dejando caer su cabeza en el hombro de aquel sér idolatrado y mirándole con ojos de adivinación.

El añadió:—Si así no se llamaba, nosotros la bautizamos con ese nombre.

II

Mucho tiempo ha pasado...

Elena es ya la esposa de Roberto y habitan en aquella misma casa testigo de sus amores. Para ellos los años han sido días, las horas minutos.

Es como entonces la hora del crepúsculo. La hora del amor. Más el cuadro que ahora se nos presenta ¡cuán distinto es de aquel otro!

Roberto yace en su cama moribundo, pálido, descolorido, como un lirio de cera, ve acercarse la muerte con paso rápido. Arrodillada a los pies de su cama Elena, esconde la cabeza entre las ropas para ahogar sus sollozos. Junto al enfermo un sacerdote le presta los últimos auxilios de la religión, le ayuda a bien morir. Más allá medio tendida en un sofá la madre de Roberto reza con voz desesperada entrecortada por el llanto, los padrenuestros

del camarero. La madre de Elena va y viene por la pieza sin saber qué hacer con honda angustia pintada en el rostro. El sacristán de rodillas en el medio de la pieza, acaso impresionado por el triste cuadro baja la vista.

Todo es silencio, todo es quietud, todo es calma. Esa calma insoportable de los grandes momentos de la vida. Ese silencio desesperante que reina cuando se abre una tumba ante nosotros. Esos últimos instantes terribles cuando todos callan y sólo se escucha el estertor de la agonía, cuando todos bajan la cabeza respetuosos ante la muerte que se acerca y solo el que va a morir la conserva erguida.

Repentinamente se escucha a lo lejos una música dulce y lánguida. Una música con algo de llanto, de pasión, de ruego, de sollozo. Parece una elegía, un canto fúnebre, un miserere. Roberto se mueve débilmente, sonríe, sus ojos apagados se reaniman, busca con la vista a Elena, que también se ha erguido y que le mira con cierta inconsciencia de idiota que recuerda algo, que siente pasar un rayo de luz entre la nébula espesa de su cerebro. Por las mejillas desencajadas del enfermo rodó una lágrima! Era la Romanza de los Besos

cuyas notas se perdían ondulando en la distancia.

Roberto entonces reanimándose dijo a su desesperada esposa con voz muy apagada, algo así como un último susurro del viento de la noche: Elena... mía... oyes... sol... mío... fiel.

—Sí, sí, siempre, fué la respuesta de Elena que rompió a llorar con verdadera desesperación.

El moribundo dibujó una sonrisa en sus labios, una sonrisa amable y cariñosa, la última, la eterna, la sonrisa con la cual lo enterrarían, aquella que los gusanos, los implacables enemigos del hombre, convertirán en una horrible mueca.

III

Es la tarde. Es la hora del amor. Hace cinco años que Roberto duerme en una tumba silenciosa y fría, oculto bajo una lápida de mármol. ¿Y Elena? ¿qué es de la pobre Elena? Miradla, allí está. En el mismo salon, testigo de sus amores de soltera y de casada, testigo de sus lágrimas de viuda. Todo igual que antes. Los séres humanos pasan pero las cosas

quedan. Se borran las figuras de los cuadros, pero quedan los marcos.

Ahí está Elena, la alma huérfana, sentada en aquel mismo sofá donde se jurara amor eterno con Roberto.

Pero hay un hombre junto a ella. ¿Quién es? Dios mío, ¿cómo es posible?... Y él le habla de amor... y ella no se indigna. Y le dice que la adora, que ya no puede vivir sin ella, que cuando no la ve en el día, no duerme en la noche. Y se toman las manos y se miran con ojos apasionados.

El viento del jardín mueve las cortinas de la ventana y entra un olor a primavera, un olor de tierra mojada, un olor de azahares. Acaso en aquellos momentos el espíritu de Roberto flota desesperado junto a ellos y quiere separarlos, despedazarlos. Acaso quiere ahogar en la garganta de Elena el juramento de amor que sus labios están próximos a sellar para siempre.

—Elena, Elena mía; júrame amor eterno, le dice aquel hombre abominable. Dáme la vida, Elena, si no quieres que huya lejos, muy lejos a sepultarme en el olvido.

Elena clavó en él sus ojos, esos ojos profundos de mujer enamorada y dejó caer su ca-

beza en el hombro de Eduardo. Este acercó sus labios y la besó en la frente. De pronto llega de lejos una música triste, como el sollozo de una alma que vaga en el espacio. Una música lánguida de llanto, de pasión, de ruego que se deshojaba en el aire como una rosa de cristal. Era la romanza de los besos cuyas notas como lágrimas se alejaban, se perdían, se esfumaban en el silencio de la noche.

Elena, desprendiéndose de los brazos de aquel hombre, que la miraba estupefacto, se incorporó bruscamente. Sus ojos tenían un fulgor extraño, algo así como si del fondo de su memoria se levantara un recuerdo. Estaba allí de pie, inmóvil, pálida, desencajada, con los ojos saltados como loca y el cabello desordenado. De pronto su mirada fijóse en el retrato de su difunto esposo, clavado allí en la pared, mudo testigo de aquella escena, su rostro siempre dulce, apacible, pero sus ojos parecían más severos que nunca.

Elena dió un ¡ay! desgarrador y corrió a postrarse ante aquel retrato, gritando desesperada entre sus gemidos:

¡Perdón, Roberto mío! ¡Perdón! ¡Perdón!

NO HAGAIS CASO...

NO HAGAIS CASO... (1)

Uno de los más grandes placeres de mi vida ha sido ver que mis compañeros de letras y toda la juventud intelectual de este país, nunca han hecho caso a las idioteses de los bufones de la crítica.

¡Con qué ganas os aplaudo, queridos compañeros! Ronquillo y Gargari han ido a estrellarse contra la roca de vuestra indiferencia.

---

(1) Lamento mucho que este artículo estuviera compaginado ya cuando apareció el artículo jocoso del señor Ronquillo sobre mi libro. Si hubiese adivinado que Poblete (Ronquillo) iba a escribir sobre "La Gruta del Silencio" no

Dejadlos relinchar. Ellos no pueden comprender la sublimidad despreciativa de vuestro silencio.

El fracaso los ha amargado. Debe ser muy horrible sentirse fracasado. Todo el mundo tiene derecho a manifestar sus ideas, menos los histriones, porque esos no tienen ideas.

Seguid adelante como hasta hoy. No hagáis caso. Dejad a los hermanos siameses rumiando su impotencia.

Están pegados por la parte posterior. Dejadlos.

¿Quién es Ronquillo?

Un buen burgués inconsciente que publicó un libro de versos hace años que pasó a la fosa común al otro día de salir a luz.

Por eso Ronquillo es un gran triste. No es

---

habría yo hecho esto para que no se creyera contestación. Jamás contesto los insultos. Me tienen muy sin cuidado y algunos hasta los busco. Cuando un sirviente me falta al respeto, a lo más doy cuenta a su patrón.

Este artículo lo escribí yo para publicarlo, y ningún diario quiso admitirlo, cuando los señores Ronquillo y Gargari la emprendieron contra todos los poetas jóvenes de Chile, contra muchachos tan hábiles en arte como De la Vega, Carlos Díaz, Segura Castro, Juan Guzmán, Angel Cruchaga y otros.

para menos, haber perdido todos los dolores del parto en un feto escuálido.

Os daré un dato revelador:

Al señor Ronquillo *La Unión* le da una espléndida casa en Valparaíso y este caballero durante las vacaciones la arrienda y se va a otra parte.

No digo más.

Segura Castro, el inteligente poeta, lo llamó el *capón de las musas*.

¿Quién es Gargari?

¿Veis esa repugnante criatura,
Chato, pelón, sin dientes, estebado
Que lo mejor que tiene es la figura?

Ese es Gargari.

Como veis, su nombre contiene una maravillosa armonía imitativa. Su nombre gorgorea entre las glándulas de la garganta como una gárgara.

Y mientras el uno hace gárgaras en Santiago, el otro lanza ronquidos desde Valparaíso.

La risa que producen estos dos tonys de circo, Serato y Serafín, nunca llega a la cabeza. Es sólo una conmoción del diafragma del vientre.

No hagáis caso. Alguien dijo que se le debía dar por lo menos, un fuerte soplamocos a Gargari. ¿Pero dónde? Miradlo bien. Como no sea en un ojo. No olvidéis la economía nasal de Gargari.

Dejadle en paz su nariz-ombligo.

Pero es graciosa. A pesar de lo económica tiene su cierta coquetería. Es una nariz que se diluye entre dos cachetes gruesos y lustrosos, que se esfuma, que se esconde humilde cual la violeta entre la hierba, que se pierde, que se pulveriza.

Dejadlo en paz. Sería ridículo pegarle. ¡El pobre Gargari no ve más allá de sus narices!

Como si dijéramos ciego de nacimiento.

Y a Ronquillo tampoco debéis pegarle. ¿Os figuráis toda la gravedad de un Torquemada, revestido de sus pompas inquisitoriales, rodando por el suelo y revolcándose en la madre tierra? Y después llorando de dolor de muelas y con la cara amarrada? Un Torquemada con dolor de muelas. ¡Sería demasiado cruel!

Dejadlos en su eterna luna de miel. No les quebréis la antorcha de Himeneo. Dejadlos que apaguen en paz sus ardores de recién ca-

sados, llenos de ilusiones; que ya vendrá la vida con toda su realidad.

Dejadlos que se fecunden mutuamente. Acaso ya se sienten con antojitos... Ronquillo cada día más enamorado de la figura principesca de su Gargari.

Oh! La figura de Gargari. Evoca los tiempos de las regias cortes de Luis XIV y Luis XV. Las marquesas empolvadas, los vizcondes galantes. Ah! Versalles, Fonteneblau, la Mal Maison.

¿Os figuráis a Gargari bailando un minué con Madama Pompadour?

El también ama locamente a su Ronquillo con el amor incandescente de una solterona que encuentra una tabla de salvación.

No apaguéis la encendida llama de ese eterno amor. Dejadlos con sus ilusiones. Mirad que aquel que mata las ilusiones de su prójimo, metiéndole dudas e infundiéndole celos, es como el que deshoja una flor.

¿Qué importa que Gargari no posea el don precioso de una nariz, si por otra parte tiene gracias infinitas?

¿Qué importa que Ronquillo sea calvo, si su calvicie no se extiende a todas partes?

Ambos se aman y eso basta. Amor es ciego. Además, mucho puede suplirse con el talento, con las ideas. Ronquillo no es como esos idiotas que marchan en rebaño y al son del cencerro como los bueyes.

Mucho puede suplirse con el ingenio, con las ideas. Ronquillo no tiene ideas de buey, las tiene de toro.

¿Sabéis, amigos y colegas, cómo conocí a Gargari?

—«Ese, ese es Gargari», me dijeron. Miro y veo un individuo que estaba atareadísimo buscando tréboles de cuatro hojas en los jardincillos de la plazuela de la Moneda.

De pronto se volvió y pude verlo por delante. Es lo mismo por delante que por detrás. (Si dudáis preguntádselo a Ronquillo).

Me hizo la impresión de un idolito pasqueño con *tongo*.

Acaso en esos mismos momentos en que Gargari buscaba trebolitos de cuatro hojas en Santiago, Ronquillo deshojaba suspiroso una blanca margarita en Valparaíso, preguntando coquetamente: me quiere, mucho, poquito, nada.

Y tal vez al leer esto Gargari murmurará al oído del muy amado:—Ronquillo mío, mira

como esta gente quiere turbar la secreta paz de nuestra unión.

Pero en fin, dejémoslos en paz, queridos amigos, en su androgénica unión. Y seguid como hasta hoy impertérritos, serenos. No hagáis caso. Dejad a los hermanos siameses rumiando su fracaso.

¿Qué culpa tienen de no entender en Arte los que han nacido para pasarse la vida meditando sobre los profundos misterios del ombligo?

JACINTO BENAVENTE

JACINTO BENAVENTE

LA LOSA DE LOS SUEÑOS

El teatro es el espejo de la vida. La realidad de la vida. El teatro ha de pintar la vida tal como es: la alegría de la vida, el dolor de la vida, lo noble y lo grande de la vida, como lo despreciable de la vida.

El artista que logra retratar fielmente el gesto humano, se hace rey de la escena. Es por esto que Benavente no tiene hoy día quien le supere en el teatro: El crítico Zeda ha dicho de él: «Yo repaso el teatro de las diversas

naciones de Europa; el de Francia especialmente, y en ninguno encuentro un autor que pueda compararse con nuestro Jacinto Benavente, ni en riqueza y variedad de producción, ni en fuerza dramática, ni en posesión y manejo de recursos de buena ley para dominar al público, ni en propiedad y belleza de estilo. Benavente es, realmente, único en España y aún en Europa. Si Europa no lo reconoce así, es porque las cosas de España se miran con despectiva prevención.»

Maravilla en Benavente la fecundidad, la honda psicología que flota en todas sus obras, amarga sí, pero llena de una intensa poesía. Sonríe con dolor de las cosas humanas y en casi todas sus piezas parece escéptico. Pero su risa no es la risa grotesca de Voltaire, ni la *sonrisa-espada* de don Juan Valera, ni la cínica risa de Baroja. Es la sonrisa del pesar que sale al rostro, acaso para ocultar la profunda desolación del alma.

Una de las obras de más realidad, de más verdad y de más intensidad de Benavente, es la «Losa de los Sueños».

Toda la pieza gira al rededor del pensamiento de aquel bohemio moribundo: es la vida

la losa de los sueños. De aquel poeta que «se despide de la vida como de una mujer a quien se quiso con toda el alma y nos hizo traición... Porque lo cruel de la vida no es que lo niegue todo, es que promete mucho, como las mujeres coquetas y falsas. No es que se haga aborrecer, es que se hace amar y no corresponde nunca a nuestro amor».

Nos llena de ilusiones, de esperanza, de amor, de gloria; y unas en pos de otras todas las ilusiones, las esperanzas, el amor, la gloria, van cayendo bajo la losa de los sueños. Es una amarga verdad, pero una verdad.

El desenvolvimiento de la comedia es de una naturalidad admirable. Rosina amó con verdadero delirio a Enrique. Este la abandona dejándole un hijo. Una noche, en el café, estando ella con su madre, sus hermanas y otros amigos, entra repentinamente Enrique dando el brazo a dos muchachas y se pierde tras una de las puertas de la sala con la sonrisa en los labios: era la bofetada del fariseo. Rosina rompe a llorar, sus hermanas se enfadan con ella y tienen que retirarse del café.

Rosina, a pesar de su culpa, aparece más noble y aún más virtuosa que sus hermanas.

Cayó, como ella lo dice: «porque no sabía cómo puede quererse con toda el alma, sin creer con toda el alma, también, en quien se quiere».

Por esto Benavente es grande, por ésto es el artista excelso de la España moderna: porque es el más humano, el más benigno con la culpa ajena, el más compasivo con el dolor ajeno. Benavente no ha imitado a nadie, ni tendrá imitadores. Puede verse en él el estudio de otros autores, acaso de Maurice Donney, pero no la imitación. Benavente es único, es solo, como las grandes montañas. Su personalidad literaria es indefinible. Hay en sus obras cierto triste misterio que sugestiona. Sus frases son profundas filosofías sin pretenderlo. Escuchad a Rosina cuando le proponen se case con Cipriano: «No seré nunca suya, porque él sabe que el error que una mujer comete en su vida, la obliga más que la virtud de antes, a ser ya siempre virtuosa. Un error puede justificarse, por lo mismo que tal vez no se explica; otro error... los explica todos, y ya no puede justificarse ninguno».

Y escuchad a Cipriano más adelante: «Nos creemos rodeados de afectos, nos parece que ellos son nuestro sostén en la vida y es por-

que sólo nos hemos apoyado en ellos con blandura, en los días apacibles de nuestra vida; pero si en días de borrasca, como náufragos desesperados, necesitamos asirnos de ellos fuertemente, para salvarnos, los vemos hundirse con nosotros.»

Acaso por ésto será que en España ha sido juzgada pesimista la comedia de Benavente: por ser demasiado exacta en medio de su sencillez. Tan cierto es lo que dice Rosina, como lo que dice Cipriano y como lo dice el pobre poeta de la vida, que sirve de título a la obra.

Sí, allí sobre esa tumba donde van a dormirse todos los ensueños del alma, hay una lápida que dice: «La losa de los sueños».

Para Rosina esa losa tendrá un ángel que la vendrá a levantar todos los días: su hijo. Para ella no será tan triste, ni tan inmoble como para otros, esa fatal losa de los sueños, que cada vez que la oímos nombrar, nos sabe a puñalada, y que queda retumbando en nuestros oídos, como un himno fúnebre.

EL ARTE DEL SUGERIMIENTO

El arte del sugerimiento, como la palabra lo dice, consiste en sugerir. No plasmar las ideas brutalmente, gordamente, sino esbozarlas y dejar el placer de la reconstitución al intelecto del lector.

Esa es la Belleza que debemos adorar. La estética del sugerimiento.

Esto ya lo hacen algunos, pero todavía quedan tantos escritores y poetas matemáticos y con olor a miasmas y a subterráneo de templo egipcio.

Dejemos una vez por todas lo viejo. Guerra al cliché.

Que ya no haya más mujeres humildes que se ocultan cual la violeta entre la hierba. Que ya no vuelen más las incautas mariposas en torno de la llama.

¡Por Dios! ¿Hasta cuándo?

Que si hay una alma no sea *blanca* y *pura*, sino cualquier otra cosa.

Que si hay una montaña no sea una alta o encumbrada cima. Es preferible que sea una montaña que dialoga con el sol o con pretensiones de desvirgar a la pobre luna. Todo menos alta o encumbrada.

Hay poetas en Chile de los cuales me decis un sustantivo y yo inmediatamente os digo el adjetivo que le antecede, no que le sigue. Eso ya sería un adelanto. ¿Paloma? Cándida paloma. Ni siquiera paloma cándida.

Uno se pregunta ¿para qué hacen versos esos señores que nos cantan lo que ya todos sabemos desde el vientre de nuestras madres?

Si no se ha de decir algo nuevo, no hay derecho para hacer perder tiempo al prójimo.

En vez de repetir y siempre repetir la eterna rutina, sería mejor que dijeran, por ejem-

plo: yo pienso lo mismo que dijo el señor Víctor Hugo en tal parte. Yo siento lo mismo que dijo Becquer en tal otra. Yo escribiría lo mismo que dijo Fray Luis de León en tal estrofa, agregándole esto otro que dijo Garcilaso... etc., etc.

Y como ya todo eso es muy conocido, no se perdería el tiempo leyéndolo otra vez.

Es esta una manera muy fácil y muy digna de recomendarse a gran número de poetas.

Por eso es que refresca el espíritu cada gesto de rebelión de algún joven poeta.

Ah! Si en Chile no se temiera tanto el ridículo. Si no se hiciera caso alguno a las risas clownescas de la impotencia.

¿Que al principio la lucha es ardua? Claro.

Pero poco a poco se irá formando el ambiente, poco a poco se irá depurando el aire, cultivando el buen gusto. Poco a poco se irán sutilizando los espíritus y se les hará pensar y entender los refinamientos poéticos, saborear las quintaesencias exquisitas.

Cierto que en este país todavía se trilla a yeguas. Pero no importa. Ya algunos admiten maquinarias modernas y aprenden a manejar herramientas europeas.

Todos aprenderán después.

El fin principal que debe perseguir todo escritor es el de la originalidad. Una originalidad inteligente. No calificada inteligente por los críticos gruesos y secos de espíritu, ramplones o abufonados sino por los otros artistas, por los verdaderos poetas, por los que son capaces de sentir y hacer esas sutilezas refinadas propias de espíritus ultrafinos.

Por eso debemos atacar la crítica en todas partes y principalmente en Chile.

Solo debe existir un comentario poético, de artista a artista. No de ramplón o de ignorante a culto y quintaesenciado.

La desigualdad engendra el error y la incomprensión.

¿Qué resultaría de un crítico sobre cuestiones de gallinas que se pusiera a disertar sobre Arte?

Lo que leemos todos los días en tantos diarios y revistas.

Persigamos la originalidad sin hacer caso y sin temor al ridículo de los que tienen el cerebro solo para ponerle *tongo*.

¿Cómo se consigue la originalidad?

Recogiéndonos en nosotros mismos, anali-

zando con un prisma nuestro *yo*, volviéndonos los ojos hacia adentro.

El arte del sugerimiento es uno de tantos como hay en el simbolismo. Como la poesía metafísica.

¿Qué el simbolismo ya murió? Ni vive, ni ha muerto; es una de tantas maneras como hay en el Arte.

El arte del sugerimiento ayuda mucho para la concisión y puede dar a la frase cierta ondulación, cierta gracia y exactitud precisa y ciertos repentes felices y sorpresivos.

El sugerimiento libra de los lazos de unión entre una idea y otra, lazos perfectamente innecesarios, pues el lector los hace instintivamente en su cerebro.

Un ejemplo:

Le dais a un retórico como tema algo sobre el Cementerio y os diría:

La tristeza del Cementerio me llena de dolor y de oscuros pensamientos y maquinalmente evoco todo lo que tiene relación con él. Me acuerdo de Hamlet cuando tomó la calavera de Yorick y lloró sobre su recuerdo, pienso en Don Juan cuando dialogó con la estatua del comendador..., etc., etc... y si queréis

podéis agregar al señor Gomez García que hace votar a los muertos.

Le dais el mismo tema a otro escritor, si queréis más moderno, y os diría:

La gran tristeza evocativa de los cementerios. Hamlet, Yorick, Don Juan, Gomez García.

Ha suprimido todas las ligaduras intermedias y os ha dado la misma idea exacta, con más soltura, gracia y concisión.

Ahora esto mismo aplicadlo a la poesía sutil, y aunque con un procedimiento algo distinto, evocareis inmediatamente una idea simple o una imagen poética que percibireis más pronto cuanto más estéis refinados.

Por eso la percepción de esa poesía lejana, vaga, que podríamos llamar de horizonte, la percepción de esa poesía que se resbala, que se esfuma, que pása, está en razón directa con la sensibilidad del lector.

Recordad siempre aquel sabio concepto de Mallarmé:

«Pienso que solo es necesaria una alusión. La contemplación de los objetos, la imagen que surge de los ensueños suscitados por ellos, son el canto. Nombrar un objeto es suprimir las tres cuartas partes del goce del poema,

que consiste en adivinarlo poco a poco. El perfecto uso de ese misterio constituye el símbolo: evocar poco a poco un objeto para patentizar un estado de alma o, por el contrario, escoger un objeto para deducir de él un estado de alma por una serie de adivinaciones... Si un ser de una inteligencia mediana y de una cultura literaria insuficiente abre por casualidad un libro así escrito, y pretende gozar con su lectura no consigue su objeto».

Y no olvidéis tampoco aquellos versos de Verlaine:

Rien de plus cher que la chanson grise
Où l' Indécis au Précis se joint.

Esto no quiere decir que el sugerimiento sea la única forma digna de tomarse en cuenta. De ningún modo.

Esto quiere decir que el arte de sugerir es recomendable por prestarse a mil combinaciones más o menos originales y extrañas.

Ahora claro está que hay muchos otros modos, y ¡cuántos que no conocemos!

El Arte no puede localizarse en una sola manera.

GABRIEL D'ANNUNZIO

GABRIEL D'ANNUNZIO

He aquí al artífice excelso. He aquí al artífice deslumbrador. Gabriel D'Annunzio es el pintor de las almas, el psicólogo indagador. Es el loco que delira grandezas.

Espíritu altamente sintético, D'Annunzio, ha sabido pintar en sus novelas, con vivos y fuertes colores, las emociones interiores y exteriores de la vida.

En mi fantasía D'Annunzio se presenta como un rey oriental. Con la corona maciza en las sienes, un manto azul cuajado de pedrerías que brillan y chispean.

Al través de sus libros, ora palpitantes, entusiastas, vibrantes; ora suaves y acrepusculados; ora melancólicos, trágicos, desesperantes, latentes de calor, de sangre que bulle, al través de sus obras yo he vivido una vida nueva.

Su estilo amplio, regio, desbordante, nos maravilla. Y mientras con su estilo lleno de músicas desconocidas encanta nuestros oídos, con sus profundos y oportunos pensamientos conmueve todo nuestro ser, nos emociona.

Desde antes de los veinte años empezó su carrera de escritor asombrosamente fecunda. Novelas, versos, artículos, dramas, discursos, narraciones, etc. Todos los diversos géneros literarios los abordó con superioridad.

Sus primeras obras son las más respetadas y aplaudidas por la crítica.

La desigualdad de su vida, la poca cordura de sus actos lo hizo correr entre aplausos y fracasos. Debiendo ser el ídolo de su pueblo ha sido odiado y despreciado. Cambió su verdadero nombre, Gaetano Rapagnetta, por el que ahora lleva, sonoro, pomposo, nombre de conquistador.

Una de las primeras novelas que leí de Gabriel D'Annunzio fué «Las Vírgenes de las

Rocas» en la cual expone las ideas de Nietzsche y la teoría del superhombre.

«El Inocente» es una novela que admira por la claridad y exactitud con que estudia la pasión del protagonista.

Maravilla ver a D'Annunzio pintándonos en sus novelas los diversos tipos de degenerados que estudia la ciencia de Lombroso. Son tipos reales, perfectos, como no los hubiera pintado ni el más aventajado de los lombrosianos.

Tulio Hermil, personaje del «Inocente», es la más viva encarnación del degenerado egoísta, cruel sin compasión, hipócrita hasta lo más y cobarde aún en su crimen. Se enzaña contra el hijo adulterino de su esposa, de cuya falta él mismo fué culpable, en parte, por el completo abandono en que la dejaba y por sus descaradas infidelidades. Sabiendo que aquel inocente es débil del pulmón lo expone al aire en una noche helada, lluviosa, logrando así su muerte.

Es el crimen del degenerado aristocrático que lo comete no dejando lugar a la justicia.

Juan Epíscopo, personaje de la novela del mismo nombre, es otro degenerado, un neurasténico que se siente subyugado, sin saber co-

mo, por su amigo Wanzer a quien llama su verdugo, su déspota. «Cuando me encontraba ante mi verdugo no podía ni aún querer» nos dice y más adelante añade: «¿Quién me revelará ese misterio antes de morir? ¿Es que existen hombres en el mundo destinados a esclavizar a otros hombres?

Esta pregunta del desgraciado Epísccpo tiene su respuesta en la Psiquiatría. Todo súcubo tiene su íncubo: todo débil dominado tiene su fuerte dominador.

El íncubo puede hacer del súcubo lo que le plazca, pasando éste a ser un simple instrumento de aquél, perdiendo totalmente su libertad de obrar, casi sin deseo ni pensamiento propio. Pero ¡ay del íncubo cuando el súcubo recobrando su libertad por un esfuerzo sobrehumano, se subleva! Hará lo que Juan Epíscopo; concluír cruelmente con la vida de su tirano.

Algunas novelas de D'Annunzio tienen mucho de la novela rusa. De Dostojewski y de Tolstoy. Parientes cercanos, muy cercanos de Nikita, personaje del «Poder de las Tinieblas», y de Rascolnicoff, personaje de «Delito y Castigo» son Juan Epíscopo y Tulio Hermil.

Otra de sus novelas famosas es «El Fuego»

montaña que se eleva más allá de las nubes. Esta novela grandiosa causó grande escándalo, fué criticada muy duramente. Daba a la luz en ella, con el mayor descaro, la historia de sus amores con una de las actrices más renombradas, no sólo de Italia, sino del mundo.

«Tierra Virgen», llena de hermosas descripciones, «El Placer», novela admirable, profunda con maravillosos retratos y descripciones. Fuerte, vibrante, llena de vida y de color, de aire, de luz.

Entre sus dramas me gusta sobremanera la «Gioconda» su mejor obra teatral a mi modo de ver. La «Citta morta» en que flota una tibieza de crepúsculo que embarga el alma y a veces un sol de primavera que fortalece el corazón. Ambas piezas fueron frenéticamente aplaudidas.

Su comedia «Gloria» fué silbada, pero más bien por razones políticas.

En «Sueño de una mañana de Primavera», nos llama la atención la figura de Isabel con su rara locura. Está descrita con la más perfecta precisión. Es la loca que todos conocemos, no la loca artificial producto sólo de una fantasía enfermiza y falseada.

También es digna de todo aplauso «Sueño de un atardecer de Otoño», con esas palpitaciones de carne ardiente, esa pasión brutal de *El* por Pantea, la Vénus veneciana, y ese odio desesperante, furioso de Gradéniga hacia Pantea por haberle arrebatado al único ser que amaba. Es un poema trágico que admira por la fuerza y la intensidad. Crispa y excita horriblemente los nervios.

La Duse extrenó «Francesca da Rimini» que fué un éxito colosal. Esta pieza no se presta para el teatro por su considerable extensión, duró la representación seis horas. Además es poco dramática, tiene poco movimiento y es demasiado lírica. También nombraremos «La Nave» y «La Hija de Sorio» que considero la más vulgar de las obras de D'Annunzio. Ultimamente ha sido extrenada su nueva obra «El Martirio de San Sebastián», que alguien ha llamado, con justicia, misterio en cinco actos. Es algo espeluznante, casi inverosímil. Ha sido severamente juzgado por la crítica. La acción se desarrolla en tiempos de la fastuosa y corrompida corte de Dioclesiano.

Como cuentista ha seguido a veces a Mau-

passant. Su característica son los cuentos horrendos, macabros.

Se ha dicho, y con razón, que para leer las poesías de D'Annunzio se necesita mucha cultura. En sus poemas no hay unidad, no sigue la idea fundamental. Son una serie de digresiones. Pero siempre es el dios de la armonía, el deslumbrador; y en sus poesías no faltan descripciones hermosísimas, pinturas vivas y observaciones hondas.

El grandioso «Poema Paradisíaco», «Canto Nuevo», «La Chimera», «Invincibile», la historia de un amor que poco a poco, paso a paso, termina en una locura y en un suicidio. «Primavera» acaso escrita bajo el influjo de un reciente estudio de Josué Carducci.

Su «Canción de Garibaldi» fué un horrible latigazo a la monarquía. Aquel atrevido verso:

«Donato un regno al sopraggiunto re».

sonó a estocada entre los monarquistas.

Siempre me ha parecido hermosa y digna de seguirse la divisa de Gabriel D'Annunzio:

O rinnovarsi o morire.

El cree que el escritor que no se renueva continuamente es por falta de poder para hacerlo.

Gabriel D'Annuncio es el pintor de las situaciones interiores del alma. Por eso dice Gómez Carrillo que «su ideal consiste en reproducir artísticamente el panorama de la vida interior, para que los curiosos de psicología puedan contemplar, en sus obras, el panorama del alma sensitiva en sus complicaciones de vida íntima».

En Gabriel D'Annunzio aparece la teoría del superhombre como su credo moral e intelectual.

Para mí siempre será D'Annunzio el artífice excelso, el artífice deslumbrador y psicólogo profundo y experto que sabe sorprender las situaciones interesantes de la vida y que sabe llevarlas paulatinamente, paso a paso, hasta su fin con una exactitud sólo posible en la realidad.

D'Annunzio ha tenido una gran gloria: la de ser discutido e insultado. La gloria de todos los idealistas y los visionarios. ¿No es esta la primera condición del genio? Discutido, insultado?...

Pero el genio, sobre aquellos mismos que lo insultan y discuten, levanta su pedestal.

Su última obra «La Pisanella» ha sido un fracaso teatral. Algunos críticos lo aplaudieron y lo llenaron de flores, pero el público atacó. El dijo entonces: esto es un entierro con flores.

Creo que a pesar de todo está muy tranquilo y muy sano.

Gabriel D'Annunzio estaba seguro que, en los momentos en que la turbamulta y la burguesía mediocre lo apostrofaba y lo silbaba, la diosa del arte lo ungía con un beso en la frente.

EL FUTURISMO

EL FUTURISMO

Y he aquí que un buen día se le ocurrió al señor de Marinetti proclamar una escuela nueva: El Futurismo.

¿Nueva? No.

Antes que él lo había proclamado un mallorquín, Gabriel Alomar, el admirable poeta y sagaz pensador.

Y antes que Alomar lo proclamó un americano, Armando Vasseur, cuyo auguralismo no es otra cosa en el fondo que la teoría futurista.

Por lo tanto el Futurismo es americano. En todos los grandes cantos de Vasseur vibra el

clarín futurista, en todos ellos fulgura la llama de potencia, de vigor y movimiento tan gritada hoy por Marinetti.

Las doctrinas del señor Marinetti, que es sin duda un gran poeta y un hábil prosista, como lo demuestra su Oda al Automóvil de carrera y su vibrante manifiesto, son las siguientes:

1.° Queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y la temeridad.

2.° Los elementos esenciales de nuestra poesía serán el valor, la audacia y la religión.

3.° Puesto que la literatura ha glorificado hasta hoy la inmovilidad pensativa, el éxtasis y el sueño, nosotros pretendemos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso, el puñetazo y la bofetada.

4.° No tenemos inconveniente en declarar que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza: la belleza de la velocidad. Un automóvil de carrera, con su caja adornada de gruesos tubos que se dirían serpientes de aliento explosivo... un automóvil de carrera que para correr sobre metralla, es más hermoso que la Victoria de Samotracia.

5.° Queremos cantar al hombre que domine el volante cuya espiga ideal atraviesa la tierra, lanzada en el circuito de su órbita.

6.° Es preciso que el hombre se desarrolle con calor, energía y prodigalidad para aumentar el fervor entusiasta de los elementos primordiales.

7.° Ya no hay belleza más que en la lucha ni obras maestras que no tengan un carácter agresivo. La poesía debe ser un violento asalto contra las fuerzas desconocidas para hacerlas rendirse ante el hombre.

8.° Estamos sobre el promontorio más alto de los siglos... ¿Por qué mirar atrás, desde el momento en que nos es necesario romper los velos misteriosos de lo imposible? El Tiempo y el Espacio han muerto ayer. Vivimos ya en lo absoluto, puesto que hemos creado la eterna velocidad omnipresente.

9.° Queremos glorificar la guerra—única higiene del mundo,—el militarismo, el patriotismo, la acción destructora de los anarquistas, las hermosas Ideas que matan y el desprecio a la mujer.

10. Deseamos demoler los museos y las bibliotecas, combatir la moralidad y todas las cobardías oportunistas y utilitaristas.

11. Cantaremos a las grandes multitudes agitadas por el trabajo, el placer o la rebeldía; a las resacas multicolores y polifónicas de las revoluciones en las capitales modernas; a la vibración nocturna de los arsenales y las minas bajo sus violentas lunas eléctricas, a las glotonas estaciones que se tragan serpientes fumadoras; a las fábricas colgadas de las nubes por las maronas de sus humos; a los puentes como saltos de gimnastas tendidos sobre el diabólico cabrillear de los ríos bañados por el sol; a los paquebots aventureros husmeando el horizonte; a las locomotoras de amplio petial que piafan por los rieles cual enormes caballos de acero embridados por largos tubos, y al vuelo resbaladizo de los aeroplanos, cuya hélice tiene chirridos de bandera y aplausos de multitud entusiasta.

Todo eso de cantar la temeridad, el valor, la audacia, el paso gimnástico, la bofetada, es demasiado viejo. Lea sino, el señor Marinetti, La Odisea y la Ilíada, la Eneida o cualquiera de las Odas de Píndaro a los triunfadores en los juegos Olímpicos y encontrará allí toda su gran novedad.

Ahora, eso de declararle guerra a la mujer, aparte de ser una cobardía impropia de hombres tan vigorosos como los futuristas, es una gran ridiculez.

Como ha dicho muy bien Rubén Darío ¿Qué es más bello, una mujer desnuda o la tempestad? ¿Un lirio o un cañonazo?

Sin embargo, el señor Marinetti prefiere un autómovil a la pagana desnudez de una mujer. Es esta una cualidad de niño chico: el trensito ante todo. Agú Marinetti.

Marinetti prefiere una fábrica a un museo lleno de cuadros hermosos... (sin ser pintura cubista).

En lo único en que estoy de acuerdo con Marinetti es en la proclamación del verso libre. Y esto antes lo hicieron a la maravilla María Krysinska, Gustave Kahn y Vielé-Griffin.

(Algunos confunden el verso libre francés, al que aquí se refiere, y que es una mezcla de ritmos armoniosa en su conjunto y de versos perfectamente rimados en consonante o asonante, con el verso libre o blanco español que es siempre de igual número de sílabas y sin rima).

No puede negarse que hay en el fondo de todo esto un muy plausible anhelo furibundo de rebelión.

Era necesaria una revolución contra tantos imbéciles que llaman herejía a toda opinión que no esté bien con sus ideas adoquinadas en el cerebro, bien encuadradas y tradicionalistas.

Y nosotros proclamamos el verso libre aunque Verlaine haya dicho a María Krysinska: *esto en mi tiempo se llamaba prosa.*

Lo que es lírico y armónico será verso siempre a pesar de Verlaine y de todo el mundo.

El verso libre sólo ha roto con el pesado y monótono compás antiguo. Decir que eso no es verdadero verso, sería casi como decir que no es verdadera música la música wagneriana o mejor la de Debussy.

Esto no quiere decir que el verso antiguo no pueda estar lleno de encantos y armonías.

Gabriel Alomar encerró la idea de futurista más bien en la personalización, en la individualidad que no teme manifestarse tal como es, en una palabra, en el *yo* inconfundible. Por lo tanto la doctrina de Alomar viene a negar toda escuela.

No así Marinetti que ha instituido el Futurismo en una verdadera escuela y que, por lo tanto, no da su debida importancia al *yo*. Es lamentable.

Alomar adivina el futurista en el hombre que siente un gran impulso de más allá, de suprasensible, de ultraespiritual que le insufla chispazos de vida nueva. «La esperanza del advenimiento de una humanidad mejor».

Alomar dice: «El Futurismo no es un sistema ocasional o una escuela de momento, propia de las decadencias o de las transiciones, no: es toda una selección humana, que va renovando a través de los siglos las propias creencias y los propios ideales, imbuyéndolos sobre el mundo en un apostolado eterno. Es, en fin, la convivencia con las generaciones del porvenir, la previsión, el presentimiento, la precreencia de las fórmulas futuras».

El Futurismo de Marinetti es, sin duda, más impulsivo, más sonado, más loco. Marinetti grita: «Finalmente, la mitología e l'ideale mistico sono superati.

...Ma noi non vogliamo più saperne del passato, noi, giovani e forti futuristi».

El de Alomar es más razonado, menos de reclam y más serenamente lógico.

Pero a Vasseur toca la gloria de ser el primer futurista.... ¡qué gloria!

El dijo mucho antes que los otros dos más o menos la misma tan decantada idea, solo que él la llamó auguralismo:

«Para el poeta augural, como el filósofo pragmatista, lo esencial no es el pasado estratificado en hechos, sino el *devenir*, y de este, el acto de creación, de renovación, más que el de cristalización, lo que va siendo, lo que va a ser, no lo que ya es».

Todo es lo mismo con diferentes palabras, con mayor o menor claridad, con más o menos arte fraseológico, según quien habla.

Marinetti ha sabido hacerse más reclame, llenarse de discípulos y meter bulla por donde pasa.

Entre sus discípulos son los más notables Lucini, Paolo Buzzi, Palazzeschi, Jovoni, Cavacchioli y algunos otros.

Marinetti es indiscutiblemente un gran poeta y un gran escritor; él es autor de «Le Roi Bombance» un amacijo de lo más cómico y trágico que pueda darse, de Mafarka, la nove-

la más brutalmente inmoral que ha llegado a mis manos. Aquellas escenas de la guerra de Africa, en Abisinia, repugnan. Uno de sus libros de versos se llama «La Conquista de las Estrellas» y el otro «Las Muñecas Eléctricas».

En el manifiesto que hemos comentado puede verse su manera de escribir rápida, nerviosa y vibrante.

Su poesía «A Mon Pegase», el automóvil, principia así:

Dieu véhément d'une race d'acier,
Automobile ivre d'espace,
Qui piétines d'angoisse, le mors aux dents stridentes!
O formidable monstre japonais aux yeux de forge...

.....

Uno de sus discípulos, Cavacchiole, en su libro Le Ranocchie Turchine, tiene cosas tan bellas como esta:

Lenta accozzaglia di gnomi, di tutti i colori, di tutti i generi, lividi e brutti, con grandi e con piccoli nomi, satella, e ridé a una vecchia carcassa di vecchio cavallo sdentato che giace pel mezzo di un prato, sul grano che scatta e sábassa
al rimo d'una tarantella.

AMADO NERVO

AMADO NERVO

Era uno de mis poetas. Tienen sus versos una dulzura de paz, tiene su alma los más delicados perfumes.

Los versos de Amado Nervo se me figuran versos de un *espíritu* enamorado de otro espíritu. Tiene la obsesión del negro *más allá*. No la obsesión torturante, desesperante de Poe sino una obsesión más tranquila, más apacible. Se inquieta pero no se desespera. Acaso porque sabe que Dios ha escrito en caracteres de fuego en el dintel de lo desconocido un terminante: *Non Plus Ultra*.

Con cuanta razón Rubén Darío al hablar de Amado Nervo recuerda a Flaubert que decía hay prosas y versos que quisiéramos estrechar contra nuestro corazón.

Amado Nervo es un místico delicioso con algo de panteísta como San Francisco de Asís y así como éste llamaba al árbol, hermano árbol; a las aves, hermana ave, así Nervo llama al agua «La Hermana Agua» que es una de sus mejores poesías.

Amado Nervo se ha entregado con dedicación a los estudios psíquicos. Tal vez por esto es un atormentado de los misterios de ultratumba, tal vez a esto debe su espiritualidad. Sufre del mal de estos tiempos: la duda, el desaliento. No la duda de Núñez de Arce que fué una ridícula *pose*, no; la duda y el desaliento de Leopardi, de Asunción Silva, de Guerrini.

Nervo es un teósofo budista. No sé si cree en la transmigración de las almas pero habla de ella:

A veces en sueños, mi espíritu finge
Escenas de vidas lejanas; yo fuí
Un sápatra egipcio de rostro de esfinge,
De mitra dorada, y en Menfis viví.

Más pronto mi alma siguió el vuelo errático,
Ciñendo en Solima y a Osiris infiel,
La mitra bicorne y el efod hierático
Del gran sacerdote del Dios de Israel.

Después mis plegarias alcé con el druida,
Y en bosque sagrado Velleda me amó;
Fuí rey merovingio de barba florida,
Corona de hierro mi sién rodeó.

Más tarde trovero de nobles feudales,
Canté sus hazañas, sus lances de honor,
Comí en sus castillos y en mil bacanales
Sentime beodo de vino y de amor.

Y ayer prior esquivo y austero, los labios
Al Dios eucarístico temblando acerqué,
Por eso conservo piadosos resabios
Y busco el retiro siguiendo a los sabios
Y sufro nostalgias inmensas de fe...

En otra parte nos cuenta lo que le acaeció al orador Solís cuando pronunció un panegírico sobre el padre Las Casas, maravillando a sus oyentes por las estupendas y reales descripciones que hacía de la llegada a América

del *Apóstol de las Indias* y sintió haber visto todo lo que iba pintando y luego al volver a su mesa de trabajo «cree oír una voz, quizá más bien una sensación vigorosa, algo íntimo, claro, insinuante, invencible, que le decía: Tú fuiste el padre Las Casas!»

No creo que Amado Nervo en su fervor a lo oculto, llegue al extremo de Huysmans, de Jules Bois, ni de Tierry, pero sí se nota en él como un vago temor que atrae hacia lo desconocido.

Escuchad:

En vano entre la sombra mis brazos, siem-
[pre abiertos,
Asir quieren su imagen con ilusorio afán.
¡Qué noche tan callada, qué limbos tan incier-
[tos!
¡Oh Padre de los vivos, a dónde van los muer-
[tos,
A dónde van los muertos, Señor, a dónde van?

¿No veis? «A dónde van los muertos, Señor, a dónde van?» ¿No escucháis en esa frase el grito de una alma que implora piedad? ¿Por qué te desesperas así, dulce poeta, por qué

dudas? Ten fe. ¿Por qué estás a oscuras, llevando tanta luz en la mente? Yo también sufro como tú una ansia insaciable de lo desconocido.

La duda de Nervo no es una duda antipática, es una duda que inspira compasión, que atrae. ¡Cómo no ha de atraer el que dice esto:

Tú piensas que no creo
Cuando argüimos los dos,
No imaginas mi deseo,
Mi sed, mi hambre de Dios;

Ni has escuchado mi grito
Desesperante, que puebla
La entraña de la tiniebla,
Invocando al Infinito.

.....
.....

Pero dí ¿qué esfuerzo cabe
En un alma sin bandera
Que lleva por donde quiera
Su torturador «¡quién sabe!»

Que vive ayuna de fe
Y, con tenaz heroísmo,
Va pidiendo a cada abismo
Y a cada noche un *¿por qué?*

De todas suertes me escuda
Mi sed de investigación,
Mis ansias de Dios, honda y muda,
Y hay más amor en mi duda
Que en tu tibia afirmación.

Tampoco olvida, Nervo, a sus muertos para los cuales tiene acentos fraternales y delicados:

Alma, yo estoy unida con mis muertos,
con mis muertos tranquilos e inmutables,
con mis pálidos muertos...

....

II

El primer libro que conocí de este delicioso poeta fué «Los Jardines Interiores» publicado en Méjico 1905.

El título dice muy bien lo que es este libro: Jardines Interiores, una alma florecida.

En este libro se encuentra el Nocturno:

Y ví tus ojos, flor de beleño,
Raros abismos de luz y sueño;
Ojos que dejan al alma inerme
Ojos que dicen: duerme... duerme...

Pupilas hondas y taciturnas,
Pupilas vagas y misteriosas,
Pupilas negras, cual mariposas
Nocturnas.

Bajo las bandas de tus cabellos
Tus ojos dicen arcanas rimas
Y tus lucientes cejas sobre ellos,
Fingen dos alas sobre dos simas...
.. ..

¡Oh! plega al cielo que cuando grita
La pena en mi alma dolida e inerme,
Tus grandes ojos de zulamita
Murmuren: «duerme».....

¿Habeis visto algo más exquisito, suave e íntimo? También en este libro se encuentra la hermosa canción de Flor de Mayo:

Flor de Mayo, como un rayo
De la tarde, se moría...
Yo te quise Flor de Mayo,
Tú lo sabes; pero Dios no lo quería!

.....

.....

«El Metro de Doce» fuerte y plástica composición que define gallarda y admirablemente el metro de doce:

El metro de doce son cuatro donceles,
Donceles latinos de rítmica tropa,
Son cuatro hijosdalgo con cuatro corceles;
El metro de doce galopa, galopa...

.....

.....

Otra composición que resalta en este libro es «Pasas por el abismo de mis Tristezas». Son muchas más las que resaltan y al quererlas anotar veo que entrarían todas. No obstante os haré saborear la perfumada y espiritual «Tan rubia es la Niña que...».

Tan rubia es la niña, que
Cuando hay sol no se la ve!
Parece que difunde
En el rayo matinal,
Que con la luz se confunde
Su silueta de cristal
Tinta en rosas y parece
Que en la claridad del día
Se desvanece
La niña mía.

.....

.....

Poco después de «Los Jardines Interiores» leí «Poemas», libro publicado en 1901. Apesar de ser este libro anterior al otro, me gusta más, al menos una poesía de este libro que se llama: «Là Haut...», en ella se ve la percepción de los matices, de las cosas ocultas, del alma de las cosas, el afán de las líneas poco visibles:

Cómo olvidar la cauda de sus cabellos blon-
[dos!
Cómo olvidar su frente nevada y misteriosa!
Cómo olvidar sus ojos tan tristes y tan hondos,
Que siempre parecían pensar en otra cosa...

Parecían pensar en otra cosa. ¿No es verdad que habéis visto esos ojos vagos, misteriosos que enervan al poeta?

Está en este libro «La Hermana Melancolía» tan triste, tan melancólica, tan sombría. Y aquella otra que empieza:

Qué niebla tan discreta! qué paz tan oportuna!
Yo soy la sola sombra que cruza por la acera
Soñando, por quién sabe qué afinidad, con una
Convaleciente joven de palidez de cera.

Al través de estos versos, yo veo un joven de ojos soñadores, pálido de ensueño, enfermo de poesía.

Y el «Madrigal Heterodoxo» y la «Tenue» y «Clarobscuro» y «El Muezin» y «Andrónigo» y «Doña Guiomar», evocativa:

En vano los trotones de abades y guerreros
Doblaron la rodilla rindiéndole homenaje,
Y en vano sus rondeles cantaron los troveros:
Doña Guiomar se muere de amores por un paje.

No es inferior «El Pacto», con su rima tan rica y tan fluída:

—Oh mi reina, en un tiempo mi estrofa [errática
En loor de tus gracias alzó su vuelo;
Mi boca pecadora, cuando la plática
Nocturna, de tu boca llegó hasta el cielo.

Los genios de la noche viéronte extática
Junto a mí, y escucharon con hondo celo
El frú-frú misterioso de mi dalmática
Al rozar tu justillo de terciopelo.

¿Por qué ahora me esquivas?
—Ciño corona;
Descender a un hidalgo fuera desdoro:
El desliz de una reina, ¡quién lo perdona!
—Mas, si yo pereciese batiendo al moro
mañana?
—Hoy disfrutarás de mi persona.
¡Moriré!—¿Me lo juras?—¡Por la cruz de oro
de mi tizona!

Esto es verso fácil, natural, enérgico...
En «El Héroe», Amado Nervo nos muestra

versos fuertes, entonados, que recuerdan los impecables cuartetos de Salvador Díaz Mirón.

En «El Viejo Sátiro» toma un tono panteísta, lujorioso; lo mismo en «La Flauta de Pan»:

Viandante, une tu voz a mi querella:
Si buscas la beldad...Helos no existe!

No puedo pasar adelante sin nombrar aquel reproche de «El Nuevo Rito» y el magnífico soneto dedicado a Rubén Darío «A la Católica Majestad de Paul Verlaine»:

Padre viejo y triste, rey de las divinas can-
[ciones,
Son en mi camino focos de una luz enigmática
Tus pupilas mustias, vagas de pesar y abstrac-
[ciones
Y el límpido y noble marfil de tu *testa socrática*.

Aquel rubí que se llama «Sonetino» y las admirables Églogas simbólicas «El Prisma Roto» y «La Hermana Agua».

En 1904 apareció «Perlas Negras» en el cual canta en delicados versos a su novia bohe-

mia: la Neurosis. Las perlas negras que forman este regio collar son perfectas, pulidas, de hermosísimo oriente. En este libro están las místicas que quisiera anotarlas todas para darme un momento de pura felicidad al veros gozarlas como yo las he gozado.

Escuchad: «Mater Alma»:

Que tus ojos radien sobre mi destino,
Que tu veste nívea que la luz orló,
Ampare mis culpas del torvo Dios Trino:
¡Señora, te amo! ni el grande Agustino
Ni el tierno Bernardo te amaron cual yo!

Que la luna, octante de bruñida plata,
Escabel de plata de tu pie real,
Por mi noche bogue, por mi noche ingrata,
Y en su sombra sea místico fanal.

Que los albos lises de tu vestidura
El erial perfumen de mi senda dura
Y por tí mi vida brillará tan pura
Cual los lises albos de tu vestidura.

.....

.....

Parece en momentos un San Juan de la Cruz con sus cándidos éxtasis poéticos.

Me entristece la «Gótica» con su sed de idealismo; me enamora «A Kempis» con su ascetismo atormentado.

Ha muchos años que busco el yermo,
Ha muchos años que vivo triste,
Ha muchos años que estoy enfermo,
¡Y es por el libro que tú escribiste!

¡Qué dulce, qué triste es aquella parábola «Parábola»!

Jesucristo es el buen samaritano:
Yo estaba malherido en el camino
Y con celo de hermano
Ungió mis llagas con aceite y vino;
Después hacia el albergue no lejano
Me llevó de la mano
En medio del silencio vespertino.
.....
.....

Dulce y melancólica es también «Al Cristo».

También tiene, este poeta, como Paul Verlaine, sus misticismos sensuales y adoraciones a «las carnes de marfiles».

Me lo figuro llorando en las mañanas a los pies de un Cristo en arrebatos místicos espirituales y corriendo en las tardes, tras las dos estrellas azules de una ninfa gentil.

Paso adelante y me encuentro con «Un Padre Nuestro» magnífico, admirable... «Ultima Verba», diálogo entre el Alma y Cristo. Y después con «Las Voces», poemas panteistas como «La Hermana Agua».

Abro su último libro de versos «En Voz Baja» 1909.

Alma ven a mi alma sin ruido,
Que te quiero decir así al oído:.....

Todo este maravilloso libro está dicho al oído, mejor que dicho, está cantado al oído, suavemente, dulcemente, como la canción de una madre que aduerme a su hijo en la cuna. Aqui el hijo aduerme a su madre en el sepulcro, suavemente, dulcemente:

Madre, los muertos oyen mejor:
¡Sonoridad celeste hay en su caja!
A ti pues este libro de intimidad, de amor,
De angustia y de misterio, murmurado *en voz*
[*baja*...

Desde la primera página quisiera anotarlo todo, como en los otros libros. En este libro ha prendido el poeta «el alma triste, arcana, sutil y misteriosa que tienen los paisajes».

¿Cómo podré conformarme a dejaros sin conocer «No le Habléis de Amor», la «Vieja Llave?» ¡Oh la «Vieja Llave» que en una admirable sencillez encierra un poema de puros idilios, de tristezas recónditas, de recuerdos imperecederos!

Oíd el «Ruego»:

Fuí bueno para ti como las rosas,
Como el hilo de agua, como el día,
Y te hice en tus horas dolorosas,
La santa caridad de mi poesía.

En cambio sé indulgente como una
Hermanita mayor; pon tu sonrisa
En esta lobreguez de mi fortuna...

¡Sé piadosa... como un rayo de luna!
¡Sé suave... como un soplo de brisa!

Para llegar a la perfección de estas estrofas cuánto trabajo se requiere; cuánto pulimiento para llegar a la facilidad, a la placidez de esos versos.

A este libro pertenece la becqueriana «Tell Qu'en Songe», los regios asonantes de «Tal Vez», como los de «En la Roca más Hostil», al modo del antiguo romance. La sinbólica «La Bella del Bosque Durmiente».

Este libro es un libro lleno de amor a los muertos «que solamente miran, que solamente escuchan». En él se ve más que en los anteriores la natural tendencia espiritualista del autor. Aquí se encuentran «Mis Muertos», «Interrogación», «¡Muerta!»

En la tercera parte de este libro está «Epitalamio», composición dedicada a Alfonso XIII con motivo de su matrimonio.

La cuarta y última parte del libro se llama «Del Exodo y las Flores del camino». En esta parte está «Viejo Estribillo», Una Flor del Camino», que aroma como una flor y se hace sentir la vaga tristeza de sus versos:

La muerte resucita cuando a tu amor me
[asomo
La encuentro en tus miradas inmensas y tran-
[quilas
Y en toda tú... Sois ambas tan parecidas como
Tu rostro, que dos veces se copia en mis pupilas.

Es cierto, aquella amaba la noche radiosa
Y tú siempre en las albas tu ensueño compla-
[ciste.
(Por eso era más lirio, por eso era más rosa).
Es cierto, aquella hablaba, tú vives silenciosa.
Y aquella era más pálida; pero tú eres más
[triste...

Cierro el libro con los ojos empapados en lágrimas, cierro En Voz Baja, las trémulas canciones de un hijo que aduerme el sueño eterno de su madre, suavemente, dulcemente.

III

He cerrado, pues, los libros de versos de Amado Nervo.

Sólo conozco dos libros en prosa de Nervo, y algunos cuentos que he leídos sueltos. Los libros son: «Ellos» y «Mis Filosofías».

Repaso los capítulos de «Ellos». Las diversas e interesantes disertaciones de este libro que inquietan, que subyugan.

Fijo los ojos en el segundo artículo «Los que Ignoran que están Muertos», en que narra, con su admirable estilo y con inquieto pensamiento, una sesión de espiritismo, tratando de probar que los muertos no saben al principio que están muertos y se creen aún enfermos de la enfermedad de que murieron; se quejan, piden medicinas... Están como en una especie de adormecimiento, de bruma, de los cuales va desprendiéndose poco a poco la divina crisálida del alma».

El poeta espiritualista está en su elemento. Siempre que toca estos puntos, lo veréis desenvolver su alma, sus enormes facultades, su estilo natural, sin afectaciones, su fuerza descriptiva, su sincera imaginación.

El poeta espiritualista me ha torturado más de lo que yo creía. «Al Volver, Alguien ha Entrado» me ha dejado meditando, con el corazón oprimido, con la frente calenturienta. ¿No sondearemos nunca el Misterio? ¿no lo dominaremos jamás? ¿Seguirá siendo nuestra

eterna tortura, nuestra obsesión desesperante?

Yo también he corrido toda mi vida como Sabino el de «El Fantasma» detrás de lo sobrenatural de la inmutable Esfinge.

Todos estos pensadores de los problemas de ultratumba ¿llegarán algún día a levantar la enorme losa que oculta los misterios del sepulcro? Yo quisiera forcejear con ellos, yo quisiera ayudarlos en su combate contra el Argos que guarda ese misterio, contra el dragón celoso de su tesoro.

Todos los artículos de este libro son dignos de especial estudio, todos son llenos de mágicos ensueños, sombríos, suaves, dulces.

De «Mis Filosofías» puedo decir lo mismo.

Los «Diálogos hipotéticos» los leí varias veces y siempre con nuevo entusiasmo deleitándome sus sutilezas de ingenio, sus agudas observaciones. Al llegar a las últimas páginas de un libro de este extraño poeta, se siente un desconsuelo, una desolación que invade al alma y quisiéramos hacer eterna su lectura.

IV

Nervo es el poeta del alma serena. Maravilla por su dominio de la técnica del verso, por

sus audacias métricas, por su extraña poesía íntima y perfumada.

¡Gracias, poeta, porque en mis horas dolorosas me has hecho la santa caridad de tu poesía!

Octubre, 1912.

ABUELITA

ABUELITA

Juan, el Rebelde, estaba preso y sentenciado a muerte.

Moriría, por revolucionario, por idealista, por soñador, por Cristo, por Colón.

Y entre las paredes de su cárcel, escribía, escribía, con verdadera fiebre, con rabia, con desesperación, como si temiera no alcanzar a concluír sus últimas palabras antes de morir. Las últimas palabras de un revolucionario. Las Siete Palabras.

Y escribía, escribía, con fiebre, con calor. Y de su pluma salían palabras que eran bofetadas, frases que eran latigazos, períodos que eran ametralladoras y páginas que eran dinamitazos.

Escribía a sus colegas un último libelo, el más tremendo, el más sanguinario, el más lleno de terror y de muerte. Allí proclamaba la santidad del asesinato, del degüello, de la mutilación. Allí proclamaba la dulzura de sentirse odiado, la voluptuosidad de los últimos instantes de un condenado a muerte. Aquel libelo era el poema de la sangre.

Rendido de fatiga por aquella tensión nerviosa, por aquel orgasmo brutal, se quedó dormido. Y soñó.

Soñó algunas escenas de su vida pasada.

—Mira, mira, Juan, ten cuidado con desobedecerme otra vez. Tronó la voz de su padre. Te arrollaré a chicotazos. Ya lo sabes.

—Si me manda así, si me amenaza, no haré caso.

—¿Que no harás caso? Toma, toma.

Y los chicotazos silbaban en el aire.

—Es inútil. Si me mandan no obedezco. A mí se me dicen las cosas, no se me ordenan.

—Toma, toma. Sinvergüenza. A los catorce años con estas rebeliones. Toma, toma.

Y los chicotazos seguían silbando.

—Es inútil. Puede matarme si quiere, pero a mí no me amenaza nadie. Mientras me quede una gota de sangre en las venas no me atropellará nadie. Es inútil.

—Canalla! Yo te amansaré a palos.

—Es inútil.

Así siguió la lucha por espacio de algunos momentos, hasta que Juan desesperado gritó:

—Ya no me toca más, mucho le he aguantado. Yá no le doy derecho a tocarme más. Dejo de ser su hijo. ¿Lo oye?

Y siguiendo el acto a la palabra, se lanzó sobre su padre, le arrebató la huasca y la partió en dos pedazos. En seguida corrió a tomar su sombrero. Su padre le seguía rojo de cólera. Cuando comprendió que quería huír de la casa, voló a cerrarle la puerta. Juan ya venía con su sombrero. Al ver a su padre en la puerta gritó:

—Ábrame.

—El cráneo te voy a abrir a palos.

—Ja, ja.

Corrió a la ventana de su cuarto y saltó a la calle.

Entonces su padre fué a avisarle al guardián de la esquina.

Al cabo de dos horas lo encontraron. Estaba escondido en la casa de un zapatero cuyo hijo era su íntimo amigo y confidente.

Lo volvieron a su casa. Su padre, de acuerdo con un cura, amigo de la familia, resolvió encerrarlo en una pieza y tenerlo a pan y agua hasta que se sometiera. Después iría a la marina.

Pasaban las horas y las horas en su encierro. Sentía hambre, mucho hambre. Pero no se sometería jamás.

No tenía madre, por eso su abuelita lo quería tanto y buscaba cualquier medio posible para darle algo sin ser vista. Ella había dicho muchas veces: «a los niños no se les educa así, se les lleva por bien, con cariño».

Por fin la abuelita logró entrar al cuarto de encierro.

Le llevó frutas y dulces.

—Toma, hijo mío, le dijo la abuelita. No seas tan orgulloso. Sométete a lo que te mandan; aunque solo sea por no hacerme sufrir a mí.

—Abuelita, por Ud. haría cualquier cosa; todo lo que me pida, menos eso.

—Ay! Hijito mío, tu abuelo era lo mismo, el hombre más terco que jamás he conocido.

Y Juan se comía los dulces y la fruta con verdadera avidez.

—Gracias, abuelita.

Su voz se emocionaba de cariño y de agradecimiento, las palabras se le anudaban en la garganta. Era la primera vez que temblaba.

—Adiós hijito, luego te traere más de comer. Voy a salir con cuidado para que no me vean.

Y la abuelita, después de besar la frente rebelde de su nieto, salió sigilosamente.

Aquí el sueño de Juan se desvió y se encontró de repente en la marina. Era cabecilla de una sublevación de los muchachos y en medio de ellos gritaba y predicaba como un apóstol. Luego se vió sorprendido por los jefes y escuchó la orden de un castigo brutal y sonoro que sirviera de escarmiento para todos. «No, no me castigarán, gritaba él». Y aquella noche se fugó. Fué imposible encontrarlo.

Después se veía hablando al pueblo en una plaza pública. Recomendaba a los padres de

familia mucha estrictez y brutalidad con sus hijos, para que así fuera desarrollándose en el alma de cada niño la gran Rebelión que era su único culto.

Después se veía por los caminos polvorientos y difíciles, arrastrando su tristeza, sus idealismos revolucionarios, sus sueños de cambiar el mundo, sus esperanzas de libertad equitativa para todos los hombres, hasta caer rendido y desengañado, lleno de amargura y de desilusión.

Luego se veía gritando a los *hermanos* que lo único santo y divino de la tierra es la dinamita, la gran niveladora.

Y de repente se vió en el banquillo de los condenados a muerte, ya le iban a disparar. Pronto una bala de plomo rompería la cadena de su cuerpo y dejaría en libertad a su espíritu, su grande espíritu de visionario. En ese preciso instante su abuelita se acercaba al banquillo con dulces y con frutas para él.

Pidió permiso para hablar antes de morir y dijo: «Hermanos míos, odiad, odiad mucho, odiad a todo el que os pone cadenas, al que se ha tomado derechos que no tiene. Yo odio

a todo el mundo, a todo el mundo..... Menos a ti, abuelita».

Pum. Pum. Pum.

Se sintió un batacazo. Había oído en sueños los balazos y se cayó de la cama. Entonces despertó y se encontró en el suelo de su calabozo húmedo y atardecido.

Se levantó, miró el Cristo de la cabecera de su cama, vió en las paredes laterales los retratos de Espartaco y de Savonarola. Y recordó. Recordó el sueño que acababa de tener. Recordó a su abuelita muerta tantos años y besó aquel recuerdo.

—Abuelita, abuelita, gritaba como loco, como presa de un desvarío. Abuelita. Abuelita.

Y besó aquel pensamiento, aquel recuerdo lejano.

¿Creeis que no se pueden besar los pensamientos, ni los recuerdos queridos?

ÍNDICE

	Pág.
Dedicatoria	7
Yo	9
La Liga pro-moralidad Teatral	37
Croniquilla dieciochesca	45
Marcelino Menéndez Pelayo	53
Augusto Strindberg	63
El Alcázar de las Perlas	69
El Gran Pujista	73
Pedro Arenales	81
Doña Rigoletta	89

Pág.

Rojas Segovia y Omer Emeth..... 95
Pedro Antonio González..... 103
La Romanza de los Besos..... 111
No hagáis caso..... 121
Jacinto Benavente..... 131
El Arte del Sugerimiento..... 139
Gabriel D'Annunzio..... 149
El Futurismo..... 161
Amado Nervo..... 173
Abuelita..... 197